

Katharina Winkler
CÁRDENO ADORNO



El destino de miles de mujeres en todo el mundo parece condensarse en esta poderosa novela «basada en hechos reales». A la memoria, durante su lectura, nos viene aquella frase de Spinoza: «Nadie sabe lo que puede un cuerpo». La historia de Filiz, nacida en un rebaño, como ella misma cuenta, de numerosos hermanos y hermanas, es la historia de muchas mujeres. Duermen al raso, cuidan los corderos, se protegen de los lobos, se cuidan entre ellos y la madre los protege del padre. «El honor del padre es lo más importante». Las jerarquías ancestrales siguen ejerciendo una violencia interna, inhumana. Con gran delicadeza, Cárdeno adorno evidencia el espanto de tantas niñas y mujeres ante sus verdugos —que a menudo son sus propios padres, abuelos, maridos, hermanos...—, ante la dominación masculina violenta, basada muchas veces en la tergiversación de conceptos como el amor, la religión o el honor.

Filiz es bella y posee una luz interior que le hace creer a toda costa que puede aspirar a algo más. La magia, las tradiciones, los sueños... Ella despliega toda su herencia cultural para crearse un manto con el que enmascarar a su peor enemigo, su enamorado. Yunus es guapo, joven, pero utiliza una violencia atávica e intolerable como modo de autoafirmación: una agresividad injustificada, la tortura contra aquella que será la madre de sus hijos, una Filiz herida, asustada, ornada de golpes y cardenales por todo el cuerpo. Filiz deseará morir en más de una ocasión sin que a nadie le importe, Filiz se caerá y se levantará mil veces. Su llanto es un llanto universal, el llanto de todas las mujeres maltratadas.

Una novela inolvidable, hermosa y estremecedora.

Katharina Winkler

Cárdeno adorno

Novela inspirada en una vida real



Título original: *Blauschmuck*
Katharina Winkler, 2016
Traducción: Richard Gross, 2018

Revisión: 1.0
05/05/2019

Los niños somos un rebaño.

Olor a verano segado. El heno es nuestro lecho. Yacemos unos encima de otros, atravesados. Quién va a saber de quién es esta mano o aquel pie.

¿De madre?

Respiramos hondo. Olemos a jornada vencida. A sudor, a sol. Nos tiramos pedos en la cara.

Oigo decir que los niños somos diez. Oigo decir que yo soy la séptima.

Mi madre va pariendo como una vaca, niño tras niño, entre siembra y cosecha, entre cosecha y siembra. Gordas y pesadas, voltea el heno al calor del mediodía. Entre dos horcadas una criatura le cae del vientre. Una vez es niño, otra niña, una vez niño, otra niña, niño... como perlas ensartadas en el hilo.

Solo una vez llegó niño tras niño, pero murió, y la siguiente fue niña.

Hay más rebaños de niños en nuestras lomas.

Nos llamamos Aliye, Hüseyin, Fatma, Mehmet, Yildiz, Ali, Filiz, Sayit, Zehra, Remzi, Selin, Veli.

Cabras, cabritos, carneros, corderos, criaturas, vacas, becerros, burro, caballo. Somos rebaño y pastores al mismo tiempo. Nos cuidamos unos a otros. Nos alimentamos unos a otros, y unos a otros nos pegamos en los costados. Madre nos cuida de padre, padre nos cuida de los lobos, los niños nos cuidamos unos a otros como se cuidan entre sí las ovejas y los corderos y las cabras y los cabritos; Hüseyin y Mehmet cuidan las vacas, Sayit y Zehra

las cabras, Yildiz las ovejas.
Yo cuido los corderos.

Los lobos vienen volando sobre la loma, uno tras otro, seis, siete, una manada. Colmillos al aire, se abalanzan sobre las ovejas, despedazan las presas, sus vísceras y estómagos repletos de hierba, se arrancan la carne de las fauces unos a otros, esqueletos temblorosos que bailotean entre los animales muertos.

Devoran.

Los lobos devoran a las ovejas. Las destripan. Hurgan en sus entrañas.

Bazo, pulmón, hígado, intestino, corazón.

La muerte es roja. Sangre sobre lana blanca. Sangre sobre prado verde. Rastros de sangre, regueros de sangre, sangre que gotea, que chorrea, que corre.

Cuando la manada se repliega llegan las moscas. Nubarrones negros se ciernen sobre los cadáveres.

De pronto, entre las ovejas, aparece Yildiz. Su negra trenza gotea, mojada por el juego en la orilla.

¡Padre me matará! ¡Padre me matará!

Y:

¡Filiz! ¡Filiz!

Como si yo supiera qué hacer. Siento, a mis espaldas:

Padre. Lo veo en el rostro de Yildiz. Sube a la carrera por la loma, levanta sus manos curtidas y grita, desesperado: ¡Alá!

Desperdigados por el campo de batalla están el té, el azúcar, la sal para los animales, la ropa para el año que viene.

Padre llama a los hijos varones. Hüseyin y Mehmet llegan corriendo, y maldicen, y se lamentan: ¡Alá! Después arrojan los cadáveres en carretillas.

En carretillas traqueteantes los muertos vuelven al establo.

Yildiz ha desaparecido.

El resto de la familia se reúne en el establo, les vacía las tripas a los animales.

Madre se apena por la lana tinta en sangre, que ya no podrá blanquear ni colorear.

Cuando oscurece, padre va a buscar a Yildiz. Atraviesa, amenaza viva, el establo y el pasto. Yildiz se ha agazapado en el matorral, como una liebre.

Cuando oscurece, padre va a buscar a Yildiz. Atraviesa, amenaza viva, el establo y el pasto. Yildiz se ha agazapado en el matorral, como una liebre.

Cuando padre la descubre, Yildiz echa a correr, cruza ansiosa el pasto, las lomas, la oscuridad del prado, y se refugia en lo alto de un árbol.

Padre lanza amenazas hacia las ramas, intenta trepar, cae, maldice, cae.

Amanece cuando padre emprende el camino de vuelta a casa, a su cama. Allí duerme madre. Con los ojos abiertos. Espera a que la respiración de padre se vuelva honda y acompasada, entonces se atreve a salir hacia el árbol. Le alcanza a Yildiz comida por entre las ramas:

Quédate donde estás.

Desde mi lecho nocturno veo a mi hermana entre las ramas en la noche clara de luna.

Al día siguiente comemos carne asada de oveja.

Compartimos nuestra carne con los lobos.

Cuando padre entra en casa, el silencio lo acompaña.

Nos ponemos de pie, nuestros ojos se ponen de acuerdo, Yildiz le acerca una silla por la espalda, Fatma le saca la chaqueta por los hombros, yo corro a la cocina, a la tinaja, y vierto agua en el barreño, tres cazos. Fatma, de cuclillas ante padre, le ha desatado las botas, le quita la bota derecha por el talón, yo me acuclillo junto a ella y cojo la otra, el pie de padre está húmedo y caliente. Lo sumerjo en el agua fresca, y lava que te lava le voy borrando la jornada de la planta.

Zehra me tiende la toalla, froto el pie hasta dejarlo seco y lo deslizo, de mi mano a la sandalia.

Madre ha horneado. Hay pan de pita con judías y queso y ayran fresco.

Durante la comida permanecemos mudos. Tal como padre nos quiere.

El honor está por encima de todo, dice padre.

El honor nace del sol.

El honor nos deja dormir en paz.

Lo respiramos. Hacia dentro y hacia fuera.

De noche y de día.

El honor debe prosperar en nuestros campos.

Es nuestra comida, y las madres nutren con él a sus hijos.

El honor es, para mi padre, lo más importante.

Más importante que nosotros, los niños. O que madre.

El honor está por encima de todo, dice padre.

El honor me gana en altura.

Tenemos seis huertos. Tenemos patatas, cebollas, pepinos, tomates y pimientos, judías y lechugas, maíz y albahaca, melones, garbanzos y repollo. Manzanas, peras, albaricoques, moras, ciruelas, uvas.

Nuestro suelo es pedregoso. El huerto del vecino es más grande y exuberante.

La fruta del huerto del vecino es nuestra, dice madre, la sembró el abuelo.

Cuando padre era joven, los vecinos llamaron a un hombre de leyes de *Kiği* y declararon suyo el huerto. Sentado a su mesa, padre asentía en silencio a los cuatro hijos del vecino.

Padre no tenía hermanos, de manera que ellos eran la ley.

El hombre de leyes midió el terreno y consignó en acta cuanto le dictaron.

Seguidamente, los vecinos llenaron las copas y brindaron con padre por una buena vecindad.

Cuando las moras del vecino están rojas, los niños robamos de vuelta lo que es nuestro. El dulce jugo se nos escurre por la barbilla.

Lo que no podemos comer lo recogemos en cestas y se lo llevamos a madre. Secamos en verano, lo guardamos en el sótano y nos lo comemos en invierno.

El río lo compartimos con los vecinos. Para nosotros fluye nueve días al mes. Los demás, los vecinos lo desvían a sus campos y huertos. Entonces nosotros esperamos el río.

Oigo su rumor mucho antes de que llegue.

Un día giramos la palanca de madera y esperamos. El río no venía. El verde del huerto era precario. Con la garganta seca, Hüseyin, Fatma y yo remontamos el lecho polvoriento. Los vecinos de más arriba habían robado el río desviándolo a su huerto. Sus tomates lucían el arrebol vespertino.

Cuando se lo contamos a madre, se puso hecha una furia y zaqueó hacia arriba por los pardos prados, jadeante y dando voces que sacaron a la vecina de su casa, profiriendo maldiciones que rodaban valle abajo. Padre salió raudo del establo y subió por la loma para salvar su honor. Desde detrás de la loma asomó Aylin, la hija del ladrón; la saludo con la mano y ella corresponde a mi saludo.

Días después, madre y la vecina charlaban en nuestra casa, como si no hubiera pasado nada. Donde vivimos, los humanos son escasos.

Los días de calor dormimos al raso. Siete niños sobre colchones prietos de heno. Enjambres de moscas asedian nuestras bocas y las comisuras de los ojos. Madre enciende una lumbre y quema abono seco de vaca. Avienta, con su delantal, el humo a nuestras caras. Eso espanta a las moscas, dice. Sayit agita sus pies delante de mi cara.

Apestan a abono de vaca, ríe, eso también espanta a las moscas.

¡Duérmete!, la voz de madre fulmina su risita, tenemos que madrugar, hay trabajo de sobra.

Detrás del humo centellean las estrellas.

La más clara es mía.

En nuestro valle viven cien mujeres cárdenas. Hay mujeres de cárdeno claro, como la madre de Necia, y mujeres de cárdeno oscuro, como la madre de Fidan; hay mujeres rojicárdenas y mujeres negricárdenas. Hay mujeres que llevan su cárdeno alrededor del cuello, como un aro, o en el hueco bajo el cuello, cual medallón; algunas llevan su cárdeno como una pulsera en la muñeca, otras alrededor del tobillo.

Muchas mujeres cambian el cárdeno adorno de semana en semana, algunas de día en día. Unas sonríen siempre, a pesar de su cárdeno adorno, como Leyla, otras callan cárdenamente, como Zehra.

Las mujeres de cárdeno claro pueden convertirse en mujeres de cárdeno oscuro, y las rojicárdenas en negricárdenas. Las cárdenas oscuras pueden convertirse en cárdenas claras, pero eso ocurre rara vez, y las que llevan el negricárdeno, como *Ayşe*, ya no sueltan el pesado color.

Hay mujeres cuyo cárdeno adorno nadie conoce, mujeres que lo esconden bajo largas vestimentas, bajo el paño; por lo general son muchachas cárdenas, como Elif y Selin, que todavía llevan su cárdeno inseguras, como un primer pintalabios.

El cárdeno adorno de las mujeres lleva la caligrafía de los hombres. La herramienta, madera o hierro, y la cantidad de los golpes determinan el matiz del cárdeno.

Las mujeres llevan color de cielo. De cielo de verano veteado de nubes, de gélido cielo de invierno, de cielo tornadizo de primavera, de ceniciento cielo otoñal, de crepúsculo, de arcoíris.

Songül es la única inceleste y sin cárdeno. Donde ella aparece, la conversación enmudece.

¿Qué se ha de hablar con la inceleste?

Se pasea por el pueblo con piel impecable. Las mujeres la esquivan, ninguna palabra, ningún saludo para la inceleste. ¡Mírala!, dice mi madre, acariciándome el pelo con su mano negricárdena, no es ni lista ni hacendosa. Y sin embargo, ¡no tiene un solo cardenal!

Esas también existen, dice, por desgracia.

Cuando sea mayor, seré una mujer cárdena.

Confío en un matiz cárdeno claro como el cielo invernal.

Madre cree que tengo seis años, Yildiz dice que ya tengo siete. Soy grande, cualquiera lo ve, lo bastante para cuidar los corderos, a mi hermana Selin y a mi virgen.

A los corderos los conozco bien. Sé lo que comen y beben.

A Selin la conozco bien. Sé que ríe cuando le acaricio la frente con una amapola.

A mi virgen no la conozco. Pero vive dentro de mí, y no debo perderla. Tengo que protegerla y dar mi vida por ella si es preciso, dice padre. Que no debo masticar chicle, lo sé. Aylin se quedó embarazada por un chicle que su tío le trajo de la ciudad. Limón tampoco debo comer, dice Yildiz, tiñe a la roja virgen de blanco. Alguna noche me desvelé temiendo que el guiso de los vecinos contuviera limón.

Tengo miedo de la oscuridad, pues la oscuridad preña. Sobre todo, la oscuridad del bosque y del prado. La oscuridad del valle. ¡Y la ventana de la cocina está abierta por la noche! No sé dónde termina la oscuridad del prado y dónde comienza la de nuestra casa. ¿Fluye la oscuridad del prado, por la ventana abierta y por el pasillo, a mi alcoba?

Tendemos la ropa. Yildiz, madre y yo la hemos blanqueado.

Hassan sale del establo dando saltos, joven y fuerte como un caballo.

¡Venid!, grita, ¡Hüseyin, Mehmet, venid!

Los chicos quieren bajar al río. Anhelos de agua.

Padre está en el umbral. ¿Y el campo?

Hüseyin asiente con la cabeza. ¡Terminado!

Los chicos echan a correr. Padre los sigue con la mirada.

Luego se encamina hacia el campo. La gleba brilla al sol. Padre roza la tierra fresca con la punta de la bota. Se agacha y palpa el surco.

No es lo bastante profundo.

Igual que el surco siguiente. Y el siguiente.

¡El suelo dónde ha de crecer el pan de la familia!

¡Hüseyin!

El grito de padre llega hasta el agua, los chicos se acercan corriendo, con el río en el pelo y las pestañas. Padre está delante del establo, con un leño en la mano.

Es la rabia la que ha prendido en mi padre.

Soltando bramidos, azota a Hüseyin, haciéndolo primero caer al suelo y luego perder la conciencia.

De pie junto a la pared de la casa, Mehmet, Yildiz, Ali, Selin, madre y yo los contemplamos inmóviles, la mirada puesta en el hermano, en padre. Golpe. A golpe.

Entonces madre se arranca de su rigidez, Mehmet ataja el brazo de padre,

forcejea con él por el leño, madre se precipita hacia Hüseyin y atrae al hijo inerte a su regazo, como queriendo parirlo de nuevo. Lo mece y le pone la mano en la frente. Le canta una nana.

Padre, mudo, está sentado junto al destrozado hijo.

Más tarde, Hüseyin despierta.

Ve su pecho, sus brazos, sus piernas y llora, avergonzado.

El cárdeno adorno solo es para las mujeres.

¡Qué bien me lo pasé! ¡Qué bien me lo pasé!

A menudo, mientras frota la ropa en la piedra, madre habla de lo bien que se lo pasó una noche de invierno, hace tiempo.

Fui una yegua loca una vez.

Fue en una noche del primer invierno. Mi padre, recién casado, se despertó, buscó a tientas a su mujer y encontró la cama vacía. La llamó, pero ella no acudió, la llamó de nuevo, pero no tuvo respuesta. Se levantó, atravesó la casa, y de pronto oyó su risa. La vio, por la ventana, en la nieve titilante, sobre la montaña de nieve que él había quitado a paladas del tejado del establo, con el pañuelo caído sobre los hombros, el cabello suelto, la cabeza echada hacia atrás y vaharadas blancas saliendo, desde lo hondo de su pecho, por la boca de labios carnosos; la falda se le había deslizado por las rodillas y, sentada sobre un saco de lino con las piernas separadas, no paraba de reír. Impulsándose con las blanquísimas pantorrillas, se despegó de la cima y bajó exultante por la montaña de nieve, perdió el equilibrio, siguió exultante en la caída misma, volcó, resbaló y se quedó tirada en la nieve, riendo y riendo.

Agarrándola del pelo, mi padre la arrastró al establo, le golpeó la cabeza contra la pared hasta que la sangre se derramó por entre el pelo suelto, la nuca y, sobre los labios carnosos, hacia la boca abierta.

Después se llevó a su mujer de vuelta a la cama.

Estoy soñando.

Con la crin mecida por el galope, mi madre cruza las lomas detrás de la casa. Tiene las narinas hinchadas, las orejas en punta, le salgo al paso. Tiene los ojos dilatados por el pánico, me mira largo rato, gira en redondo sobre las patas traseras, y huye.

* * *

Mi hermana Yildiz adora montar a caballo. Empuña las riendas como un hombre, el viento en el pelo, en la ropa. Las miradas de los hombres vuelan tras ella. Dentro de poco será demasiado mayor para montar a caballo, y mi padre le saldrá al paso, tirará de las riendas, la bajará del caballo y la mandará a la cocina. Allí ayudará a madre, y el viento se le caerá de la ropa.

Al otro lado de las montañas están las letras y los números.

Con la mochila a cuestas, atravieso el puerto cada día. Cuando padre, madre y Hüseyin van al establo, yo subo a la montaña. Tengo dos horas de caminata por delante.

Hay dos clases. Una para los niños de los tres primeros cursos, otra para los niños de los cursos cuarto y quinto. Hay dos maestros. Nos cuidan y nos enseñan lo que necesitamos para la vida. Por la mañana, cuando abro mi cuaderno, estoy llena de alegría por poder aprender del señor Barzan y el señor Gülabi. Amo los números y las letras. Agradezco que vengan a mí, a Yedisu. Viajando desde lejos, y a pesar de que sea joven y niña. Amo la A y la Ş. A veces escribo las veintinueve letras en un renglón. Quiero envolverlas como un regalo y enviárselas a madre y abuela. Abrirían el lazo juntas, las letras saltarían de la caja de cartón y saldrían paseando con ellas de la cocina. Pero luego me da miedo que las letras se olviden de mí, y les digo en un susurro: ¡A mí! ¡Llebadme! ¡Llebadme a mí!

También soy amiga de los números. Los cortejo, y al poco los conozco mejor que cualquier niño de la clase. Encuentro números por todas partes. A mí no me corresponde ninguno. Padre no podía recorrer el largo camino a *Kişi* por cada hijo para hacerlo registrar. Solo iba por cada segundo o tercero. Pero hay letras que me corresponden. Tengo un nombre. Incluso un apellido. Y esto es más de lo que tenía mi madre cuando era niña. El apellido se lo regaló a nuestra familia el abuelo. Por orden de Atatürk. Atatürk quiso que todo turco tuviese apellido. Abuelo fue a la oficina e hizo constar en acta que

se llamaba Lale. Por tanto, yo me llamo Filiz Lale. Tengo, aproximadamente, diez años.

Aprender es importante. Lo oigo cada día.

Aquí en la escuela aprendo para la vida.

¡El señor Gülabi y el señor Barzan nos abrirán la puerta a una vida mejor!

Soy aplicada. Leo los signos de tiza en el encerado. Aspiro el polvo de tiza. No quiero perderme nada para la vida mejor.

Estoy sentada, quieta, en mi sitio y he abierto el libro de historia natural. El pez pescador del fondo marino puede iluminarse a sí mismo. Hassan le susurra algo a Musa. Musa aún ríe por lo bajo cuando el señor Barzan entra en el aula.

Musa enmudece.

El señor Barzan va a la mesa del maestro, abre el cajón, coge la vara. Nos ponemos de pie y le tendemos las manos.

Cada uno buscamos un punto del aula donde clavar la mirada y el alma: el gancho del perchero junto a la puerta, el picaporte o la manija de la ventana.

El señor Barzan se nos acerca vara en mano.

Un golpe en las últimas falanges de los dedos.

Un golpe en las falanges próximas a la palma de la mano.

Un golpe en los nudillos.

Un golpe en el dorso.

Un golpe en la muñeca.

Nuestras manos se hinchan, no torcemos el gesto. El sollozo de Esma es nuestra única señal de vida.

Seguimos con las manos extendidas.

Tengo la mirada fija en el pez pescador del fondo marino.

Trato de iluminarme a mí misma.

El señor Barzan nos pega a todos.

A Selin, Fidan, Elif, Fatma, Veli, Zehra, Hatun, Hanem, Remzi, Resul, Zeki, Hülya, a mí, Müslüm, Nurten, Feride, Fidan, Halil, Necia, Berfin, Seda, Ali, Sayit, Dilber, Elif, Mehmet, Hassan, Musa, Seda, Hüseyin, Müslüm, Ibrahim, Rojin, Seda, Ayşe, Aynur, Besime, Hatice, Ahmet, Sengül, Zarife, Selin.

Debe de ser hermoso bañarse en el río.

De pie en la ribera, con el calor del mediodía en los hombros, miro a los chicos, esos grandes sapos alegres que saltan al agua fresca y al salir tienen el verde luminoso en los ojos.

 Mi cuerpo anhela el agua.

 Me acuesto en la tierra e imagino que me estoy bañando. Los guijarros bajo mis pies están fríos, el agua me lame las piernas, me salpica el vientre, la nuca, y entonces me caen encima unas sombras, ojos sobre mis ojos: Yunus.

 Casi desnudo, la piel bronceada llena de gotas titilantes.

 Puedo apreciar músculos bajo la piel, vénulas moradas y tendones. Veo la marca del miembro en su calzoncillo cárdeno mojado. Su pelo es abundante, más oscuro que el negro, sus ojos tienen el verde del río. Los grandes pies descansan firmes.

Tú me perteneces.

 Su voz no titubea.

 Sin mediar palabra, me coge la mano. Voy con él. Me agarro de sus grandes pies, de sus pasos, de su pelo oscuro y su mirada intrépida, no necesito sujetarme, pues él me sujeta.

 No hablamos una sola palabra.

 Por encima de su párpado derecho resplandece un lunar.

 Yunus abre la puerta del establo, me empuja al establo vacío, pues le

pertenezco.

Tengo que quedarme aquí, tengo que dejar de mirar a otros hombres nadando.

La puerta del establo se cierra de un golpe.

Estoy de pie en la oscuridad. Estremecida.

Le pertenezco. Tengo un hombre.

Río por lo bajo, miro por la rendija de la puerta sus piernas recias, su espalda recta, su cuerpo impecable de treceaño que se aleja.

Me quedo aquí. Dejo de mirar a otros hombres nadando.

Soy suya.

Creo que este verano cumpliré once años.

Pido a Yildiz y Aylin que me acompañen a peregrinar al árbol sagrado para que veamos en sueños a nuestros futuros maridos.

El árbol sagrado está a una hora de distancia de casa. Ha curado ya a muchos. También a mi madre. Poco después de nacer Hüseyin, le salió una úlcera detrás de la oreja izquierda, primero blanda y blanca, luego cada vez más dura y de un rojo brillante. Madre se fue debilitando y su fiebre aumentaba, las dos criaturas colgaban de ella, una delante, otra detrás; atendía a las bestias y las labores del campo con la frente bañada en sudor. No podía mover ni girar la cabeza, rezaba a Alá. Una mañana, se vistió y abandonó la casa con sus niños. Arrastrando el cuerpo y a las criaturas durante horas y horas, llegó al árbol sagrado. Bebió en la fuente cercana a la raíz, lavó su herida, la cubrió con tierra y colgó en las ramas un trozo de tela pidiendo cura. En el duermevela de aquella noche soñó con una serpiente. Esta subía reptando por sus piernas hasta el cuello, hincaba los dientes en la úlcera y le chupaba la enfermedad de la sangre. Al día siguiente mi madre despertó. Sana.

Por tanto. Por tanto peregrinamos al árbol sagrado. Por tanto podremos ver, por él, a nuestros futuros maridos. Traemos botellas vacías y trozos de tela en los que figura nuestro deseo: queremos saber quién es el hombre con el que pasaremos la vida. Colgamos la tela de las ramas. Nuestra pregunta se mece al viento.

Llenamos las botellas con el agua de la fuente, las llevamos a casa. Allí,

con el agua sagrada, cocemos pan que salamos demasiado y que comemos por la noche sin beber. El hombre que nos dé agua en sueños será nuestro marido.

Me acuesto, expectante.

Estoy soñando.

El calor del mediodía aprieta, no hay ruido de pájaro.

Apilo leña en el patio, el portón se abre en silencio y en la sombra aparece Yunus.

Me sonrío y me tiende una botella de agua. Excitada y contenta, le sonrío y voy a coger el agua; él ríe y me la retira.

Mi sueño se rompe.

Batir de alas. Un zumbido hasta la garganta.

Me levanto, camino de puntillas, cojo el vaso grande, lo lleno de agua hasta el borde y sacio, por fin, mi sed.

Cuando me llegue la *aybaşı*, dice madre un día, tendré que estar atenta, pues nadie debe verla.

La *aybaşı*.

Con mirada oscura y arqueando las cejas, madre me inyecta la palabra en la fantasía. No sé qué es la *aybaşı*, por tanto pregunto a Yildiz. Se ríe. La *aybaşı* la recibirás por tu linda cara, dice. Le pregunto de quién, y ella se ríe sin darme respuesta.

La *aybaşı*

La busco en gestos, olores y colores, pero la *aybaşı* no se me revela.

La *aybaşı*. Ni color ni sabor.

Leyla es hermosa. La mirada de Leyla apunta a la lejanía.

Me gusta jugar con ella. Coleccionamos tesoros, oro y diamantes, piedras en las que se reflejan los árboles o las nubes, maderas extrañas en las que habitan espíritus, hojas de otoño.

Nos los cambiamos. Un hueso de ciruela pulido al agua por un trozo de corteza que se deshace en arena.

Un día Leyla desaparece.

Mucho después la veo por la ventana del aula. Lleva ropa amplia que no conozco. Por debajo, una bola.

La gente la señala con el dedo, ese diablo. La gente cuchichea.

Es la culpa la que lleva en el vientre, dice la gente.

Camina por el pueblo como si caminara por fuego.

Busco, en la orilla del río, piedras de colores para llevárselas.

No, dice madre, quitándome las piedras preciosas, deja de hablar con Leyla.

Su mano me acaricia el pelo suavemente, Leyla no ha cuidado de su virgen.

El pío de los pájaros se ha calcinado al mediodía. Silencio.

Voy con dos cubos a la fuente. Por sexta vez ese día. Hoy los animales necesitan más de lo que puedo llevar. Lleno el cubo en el río.

Yunus.

Es hermoso. Alto. Me tapa el sol.

No me muevo.

¡Promete que te casarás conmigo!

El sol detrás de su cabeza, una corona luminosa que me ciega. Pongo la mano a modo de visera. Lo prometo.

Esa noche me despierto y sé: se ha ido.

De camino a casa de su tío, en Alemania, ha pasado por encima de mí.

Seré su esposa. Seré su mujer.

Le coceré baklava y le prepararé la mesa.

Ordeñaré sus vacas, pariré a sus hijos y llevaré su nombre:

Şahin. Filiz Şahin.

En las celebraciones de boda estaré sentada junto a él, y cuando toquen una canción que nos guste, bailaremos.

Filiz y Yunus *Şahin*. ¡Qué pareja tan hermosa!

Llevaré un vestido brillante y nuestros hijos estarán dormidos. Seré de una hermosura radiante a su lado. Seré la envidia y la admiración de todas las chicas.

Siento una gota en el muslo. Introduzco la mano bajo la falda, la busco a tientas. Parece sangre. La restriego entre los dedos, tiñe mi piel de rojo, la olfateo, huele como en la matanza. ¡Mi virgen! Mi virgen mana entre mis piernas, mana muslos abajo, gotea en el suelo, se va escurriendo en la arena. ¡Sé, padre, que sin mi virgen no tengo que esperar nada de nadie! Voy corriendo a casa, busco a Yildiz, la encuentro en la cocina, la arrastro a la alcoba, cierro de un portazo y caigo postrada ante ella. Le hablo de mi virgen, ocultando en el regazo los dedos manchados de rojo.

No tengo la culpa, grito en un susurro, no me ha tocado ningún hombre, ¡lo juro, Yildiz!

¡No puede ser verdad! ¡Tienes que haber hecho algo con un hombre!

¡Que no, que no, lo juro!

Entonces me acuerdo de que me besó mi tío, hace dos semanas, cuando estuvo de visita, me besó al saludarme, en la mejilla, yo no quise, pero él fue rápido, más rápido de lo que yo pudiera comprender, más rápido de lo que yo pudiera repeler; mi tío, pues, mi tío me quitó mi virgen y mi honor, sí, mi tío me tocó. Vergüenza soy, por tanto.

Prefiero morir a cubrir a mi familia de vergüenza.

Ahora Yildiz me suelta una carcajada en las narices:

Es a esto a lo que se refirió madre. ¡La *aybaşı*!

A partir de hoy sangrarás cada mes. Ahora eres mujer.

Es invierno profundo. El frío va reptando montañas abajo, hacia el valle. Las avalanchas penden sobre nosotros. Medio pueblo se ha reunido en nuestra casa. Sirvo a los hombres infusión de menta fresca y café. Están sentados en los sillones orejeros de rayas anchas de padre. Fuman. Confusión de voces masculinas y risas graves, sonoras. No importa que unos y otros se quieran o no, se agradece el calor del cuerpo ajeno. En invierno nos apiñamos, como los animales en hibernación, nos agachamos bajo el frío, la nieve y la grandeza del macizo montañoso. En la cocina el ambiente es cálido y cargado, el olor de la familia. Las vacas dan coces en la pared de madera, el latido cardíaco de la casa. Voces femeninas, risas apagadas, risas menudas: la madre, Hülya, Esengül, Fatma y yo preparamos *poğaç*a y pan de pita.

No sé dónde está Yunus.

¡Filiz!

El señor Barzan me pone su mano en el hombro.

Eres lista, niña. Tienes que ir a la escuela de la ciudad. Aprender un oficio. Hablaré con tu padre.

Subo al pardo de las montañas. Pronuncio la palabra oficio, la repito: oficio. Luego: Filiz. Oficio de Filiz. El oficio del Filiz. Filificio.

Por primera vez remoloneo en el camino a casa.

Espero al señor Barzan como la salida del sol.

Apenas consigo despegar la mirada de la cima por la que tiene que venir el señor Barzan.

Días y días.

Semanas y semanas.

* * *

Cuelo la leche con madre, entonces aparece en el establo: el señor Barzan. Quiere hablar con padre.

Estoy quieta junto al barril. Las vacas tienen aroma de hierba y leche.

Las traicionaré, a las vacas. El establo y la casa y a la familia entera, los

traicionaré y los abandonaré.

¡No!

El no de padre penetra las paredes. Es duro como una piedra.

¡Bah! Padre suelta la risa durante la cena.

Cuenta cómo mandó a mi hermana mayor a la escuela de la ciudad. Iba a hacerse maestra para enseñar a leer y escribir. Tener un oficio, ganar dinero. Ella así lo quería. Él también.

Mi padre ya veía un sobre en la mesa de la cocina, lleno de liras, una ayuda económica mensual en su vejez.

Mi hermana vivía con unos parientes y viajaba a la ciudad cargada de patatas, arrobos de patatas, y los hermanos le llevaban yogur y huevos, y sin embargo pedía, a intervalos regulares, dinero a padre en sus cartas.

Padre le vendió una vaca al vecino o se deshizo de una oveja, a precio bajo, demasiado bajo, porque había prisa, había que alimentar a la hija sin recursos en la gran ciudad, mantenerla viva, urbanamente viva, una cuestión de amor y de honor.

Mi hermana, lista y aplicada, se graduó.

Entonces conoció a su marido. Se casó y tuvo cuatro hijos, y desde entonces prepara pan de pita y gömme en el horno de piedra y, los sábados, baklava. Nunca ha estado frente a un alumno. Nunca ha ganado una sola lira.

Nunca ha llegado un sobre para padre.

Padre cuenta que el señor Barzan quiere que yo vaya a la escuela para aprender un oficio porque me considera lista, muy lista, y cree que un oficio es necesario para mi vida futura, para mi vida mejor, tan necesario que ha ofrecido dejarme vivir con sus parientes.

Miro a padre, que hace un gesto con la cabeza a madre, y ella le sirve sopa de judías en el plato.

Que el señor Barzan cargaría con la responsabilidad entera por mí, cuenta padre, incluyendo todos los gastos, y que él ha rechazado.

A su familia no tiene que apoyarla nadie.

Esa ayuda él no la necesita, dice mi padre, y remueve su sopa.

Es una cuestión de honor.

Mi mundo es un pasillo largo y estrecho del que salen un sinfín de puertas por ambos lados, escondrijos, garitas de madera, grandes puertas de dos hojas profusamente historiadas, de arenisca, de granito o con tallas, pintadas y sin pintar, marrones, rojas, negras, portones de mezquitas, puertas de sótanos, de cobertizos, de casas, quiero abrirlas pero están cerradas. Llamo, pero me quedo sin respuesta. Aprieto el picaporte, lo forcejeo, nada se mueve. Oigo pasos, me vuelvo y pregunto a extraños por la llave, pero no me la dan porque no la tienen, porque nada saben de ella o porque no quieren que yo entre en una sala que ellos mismos desconocen, que podría suponer para mí peligro o fortaleza. Así que me quedo en el corredor. Prepara tu cama y olvida las puertas, me dicen, y yo me canso y preparo mi cama, y olvido las puertas, y olvido lo que es una puerta, un picaporte y el agujero de una cerradura, de manera que las puertas se convierten en pared.

Yazgo quieta y respiro con calma.

Por la noche el miedo se filtra al corredor, fluye por las paredes, por los inexistentes agujeros de las cerraduras y las rendijas bajo las puertas inexistentes, como en un barco que hace agua, inunda el corredor, me sube hasta la garganta. No puedo atravesar la pared a cabezazos.

Aliye, Hüseyin y yo estamos tomando infusión de menta cuando llaman a la puerta. Aliye se levanta, sale al corredor y la abre.

¡Yunus!

Su voz lanza el nombre a la sala. Al momento, él. Yunus.

Después de tres años viene derecho de Alemania. Se ha traído el país, se lo ha prendido en la solapa, Alemania presta brillo a su pelo y da virilidad a su mirada.

¡Ha venido Yunus! ¡Yunus! Balbuceo un saludo, Aliye me manda salir, a la cocina, a preparar café.

Abro el armario y lo cierro, abro el siguiente y lo cierro, no paro de abrir y de cerrar, no sé dónde están las tazas, la cafetera, las cucharas, el azúcar, el café... Estoy como una cabra.

Aliye viene a reunirse conmigo en la cocina.

¿Qué haces?

No lo sé, no lo sé.

Se ríe. Me pone la cafetera en la mano, tiemblo, me la quita, prepara ella el café, yo me lavo la cara con agua fría, bebo, respiro, juntas volvemos a la sala.

Yunus está conversando con Yussuf. Su pelo moreno está ondulado, sus ojos marrones relucen, sus labios son carnosos, sus manos han pasado por la manicura, es ancho de hombros, quiero recostarme en su pecho.

Lleva una chaqueta que habla de Alemania y vaqueros de color azul oscuro. Lleva deportivas nuevas de brillo blanco con rayas rojas.

Yo tengo los pies embutidos en calcetines de ganchillo hechos por mí misma y sandalias de plástico pardo. Llevo la falda de flores y la blusa vieja.

Pero soy hermosa.

Tengo un cuerpo joven, esbelto, una trenza gruesa de brillo negro y grandes ojos marrones, como una vaca. Se dice que son radiantes como las estrellas. Tengo pestañas largas y oscuras, cejas tupidas, labios generosos y dientes sanos.

Me he merecido pies de hombre en deportivas blancas.

Valgo un hombre en vaqueros.

Yunus y yo apenas cruzamos palabra. ¿Qué podríamos decir y cómo?

Luego, por un momento, estamos solos en la cocina.

Quiero tenerte.

Él es el deseo. El puro querer.

¿Cómo queremos vivir, Yunus?

En vaqueros. Llevaremos pantalones vaqueros. En Alemania.

Cuando se marcha, me roza la mano como por azar, atrás quedan unas mejillas encendidas y un sobre pequeño.

Lo guardo bajo la alfombra.

Cuando por fin estoy sola, lo saco, me escabullo a la alcoba y lo abro con manos temblorosas.

Yunus me está mirando.

La foto está pegada en un marco de papel con forma de corazón.

Para Filiz.

En el pie brota una flor violácea.

Hay que abrir el botón, cobrizo o plateado, del vaquero, hay que tirar de la cremallera hacia abajo, separar. Con las dos manos la abertura para las caderas, sostenerse sobre un pie como la cigüeña y meter la otra pierna en una de las perneras, hay que estirar la punta del pie para que este se vaya estrechando y pueda recorrer el largo camino de la pernera hasta que los dedos asomen por el extremo opuesto del túnel azul y el pie aterrice en terreno nuevo; luego hay que doblar la otra pierna, estirar la punta, meter el pie, apretado, por el segundo túnel azul y ponerlo en el suelo, el primer paso a

una vida nueva.

* * *

No, dice mi padre, no.

¡No tengo hija para Yunus!

La familia de Yunus abandona la casa sin despedirse.

Camino hacia el árbol sagrado. Sin Yildiz, sin Aylin. Con Yunus en la cabeza y en el pecho. Con Yunus ante los ojos. Con su aliento sobre la lengua.

Me arrodillo bajo el árbol sagrado.

¡Por favor, árbol sagrado, haz que yo sea su mujer!

Me pongo de puntillas y cuelgo un trozo de tela roja en una de las ramas desnudas.

Yunus y Filiz.

La nieve cubre los tejados como merengue.

No hay estrellas. No hay luna.

El hambre de los lobos crece por días. Vienen sigilosos por la noche. Sus ojos reflejan la luz gualda que se proyecta por la ventana de la cocina.

No como ni bebo. No hay sitio para el pan en mi cabeza. No hay sitio para el agua. El corazón, el estómago, la cabeza, el alma están colmados de Yunus.

Mi madre me desliza un plato de judías hasta el pecho, una infusión. Escarbo.

¡Come!

No puedo.

¡Qué comas!

Me arranca las judías del tenedor.

Hüseyin, Mehmet y Ali se lanzan miradas en círculo. No las percibo.

No quiero leerlas, teniendo como tengo los ojos llenos de Yunus.

¡Filiz!

La voz de padre. Quiere que reponga leña en la estufa de la alcoba.

Me levanto, me arrebujó en el abrigo, el gorro y las botas de pieles, camino por el hielo hacia el cobertizo. En el hielo uno se vuelve rápido, escapa al tiempo, pues el tiempo se congela en las mejillas. El camino al cobertizo es corto, demasiado corto para morir congelado. Vuelvo cargada de leña y entro en la alcoba. Meto un trozo en el fuego. A mis espaldas:

Yunus.

¡Nos vamos! ¡Ahora mismo! ¡En secreto!
¡No puedo!
Ven conmigo o me voy solo.
Veo en mi mente a Yunus solo en la oscuridad, ojos de lobo.
Yunus se va.
Ahora es Yildiz la que está enfrente de mí.
¡Si lo quieres, tienes que irte!

Cojo la funda de una almohada y echo ropa dentro a ciegas.

Selin está detrás de mí, los ojos encharcados: ¿Te vas?

Asiento.

Selin se traga el llanto, se le hincha el pequeño cuerpo.

Yildiz mete pan en mi funda, una botella de agua.

¡Los perros! ¡Nos hemos olvidado de los perros!

Yildiz promete mantenerlos en silencio.

La casa está caliente, oigo golpear el portillo de la estufa, oigo el crujido de las escaleras, es mi establo. Oigo risas, mi rebaño.

Yildiz corre a buscar a Yunus.

Ahora vendrá por las escaleras, Yunus, mi futuro. Me cogerá, será mi dueño, pastor y carnero al mismo tiempo.

Cuando vuelve, me mira con una media sonrisa. Desconozco esa sonrisa.

Yildiz me alcanza mi abrigo, mi gorro, los guantes de Selin, mis botas, me visto callada. Los guantes me están pequeños, no puedo agarrar, es tarde para ir a buscar otros más grandes, tenemos que bajar las escaleras. Pido a los escalones en un susurro que no crujan. La voz de padre llega de la sala. Risa. Ruido de ollas. Las vacas dan coces en la pared de madera. ¿Dónde comienza la injusticia? ¿En el umbral de la casa? ¿O en la cerca del pasto?

Contengo el aliento. Con el primer paso en la nieve me quedo sin hogar.

Detrás del cobertizo se acaba el camino, demasiado corto para morir congelado. Allí la nieve se hace profunda, pegajosa como la miel. Nos hundimos hasta las corvas y ninguno piensa ya en merengue. Yunus, en los primeros metros, se ha vuelto flaco, callado. No hay manera de abrir la cancilla de la cerca, demasiado es el peso de la nieve, intentamos trepar, nos

rajamos los abrigos en el alambre de púas. Al otro lado aguarda el miedo, sabedor de mi huida desde antes que yo. Ahora somos tres. Yunus, el miedo y yo. Hasta el pueblo de Yunus son tres horas. De día y en verano. Yunus me alcanza la mano, está dura y fría. Hacia dónde, le pregunto, pero ella no lo sabe y tantea la oscuridad a mi vera. Entonces veo una sombra: el árbol sagrado. Nunca lo había visto tan negro. Me zafo de la mano fría, me precipito por la nieve a su encuentro, beso su corteza helada, ruego la intercesión de un ángel para que me dé la felicidad.

Sé que padre está furioso desde hace rato, que se ha lanzado a la noche pistola en mano, descalzo y sin abrigo. Veo que apunta a Yunus con el brazo extendido. Temo que nos pise los talones.

Oigo sus maldiciones.

¡Que nunca se sequen sus lágrimas!

¡Que nunca sea feliz!

Lo oigo llorar.

Por un momento las rodillas me tiemblan.

Ya no soy su hija.

¡Filiz! Yunus me llama con voz oprimida, agazapado como un perro en la oscuridad, el miedo cogido de la mano. No tenemos alternativa. Compartimos la noche con los lobos. Cruzamos la nieve con mucha dificultad. Nuestro aliento flota en la oscuridad como lana de oveja. Así caminamos hacia el amanecer.

* * *

Padre tiene mofletes rojos amanzanados y, en la frente, venas de color azul ciruela.

Le he hecho morder el polvo pisoteando su cabeza con mis pies de niña

siempre fríos. El cañón de la pistola en la pretina le supone consuelo, lo mismo que el leño helado en la mano. Los gritos apenas audibles de la madre le producen alivio.

Madre, en el establo, se ha quedado aterida, las trazas de las lágrimas se le han congelado en las mejillas, pronto su cárdeno adorno estará cubierto de blancura invernal. Finas y frágiles son las nubes de aliento que salen de su boca.

Lo sé. Lo sé.

EL día siguiente llega sin fe.

Nada me abriga. Todo me expone. El vasto, claro cielo matinal. El campo de nieve infinito. El viento helado.

No pertenezco a nada. Ya nada me pertenece. Pertenezco a Yunus.

Busco en sus ojos, que no me ven, que me rehúyen como perros vagabundos. Busco un término en sus manos, mi término, y caigo por entre sus dedos a la nieve sin fondo.

Sus parientes nos acogen. Mientras Yunus duerme en el cuarto del único hijo varón, yo duermo con las seis hijas en la alcoba. Las seis muchachas son hermosas como princesas. Sus largos cabellos descienden en cascada sobre sus vestidos. Su cárdeno adorno es delicado. Me preguntan, entusiasmadas, por Yunus, envidian mi amor riendo por lo bajo, me apremian para que cuente, y entonces secundo sus risitas, las mejillas se me ponen coloradas y empiezo a contar. Del río, del verde en el pelo y en las pestañas de Yunus, del lunar resplandeciente encima del párpado, de sus grandes pies y su paso firme.

Ha alargado la mano hacia mí como hacia la crin de un potro, me ha cogido por el corazón, me conduce a casa, conduce a su potro al establo.

Las muchachas ríen por lo bajo, tienen manchas coloradas en las mejillas.

A la mañana siguiente las manchas coloradas han desaparecido. Al igual que las risitas.

No sé dónde está Yunus.

El cielo se ha agrisado. Todo pierde su color, su sabor, su aroma, su sonido.

Ni rastro de Yunus.

Echo de menos a madre. A padre. A Yildiz, Aliye, Sayit y Selin.

No sé dónde está Yunus.

El gris dentro de mi cabeza se parece al cielo sobre el caserío.

El señor de la casa, el tío de Yunus, se enfunda el abrigo de pieles, lo veo atarse las botas y salir al patio, caminará por la nieve y el hielo a casa de padre para rogar paz, su beneplácito para la boda, su bendición.

Negro en el blanco campo de nieve, el señor de la casa parece una corneja. Lo sigo con la mirada mientras asciende el sol. No puedo creer que la blancura o el frío tengan final, que padre viva en alguna parte o madre esté junto al fogón o Selin se cepille el pelo o Sayit ría.

Espero todo el día y toda la noche.

No hay nada que esperar de mí.

Ella ya no es mi hija.

Sin mi bendición.

Por la noche escucho el respirar de las princesas.

Acostada sobre mi cama, tengo las rodillas abrazadas contra el pecho, los pies pegados uno al otro, los pulgares abrigados en mis puños, como si tuviera alas para cobijarme.

Tendré un marido y perderé al padre. ¡Padre!

Me casaré sin madre.

Sin los hermanos. Sin mis hermanas.

¿Quién me regalará nueces?

¿Quién bailará a mi alrededor?

¿Quién me cantará la canción de despedida?

* * *

Me despierta una mano en el hombro. Es la madre de Yunus.

Me levanto y le tiendo la mano para el saludo, ella me pone en la mano un pañuelo para la cabeza.

Serás esposa.

Me aparta el último pelo visible de la frente, lo esconde bajo el pañuelo pardo, cierra este con un nudo firme bajo el mentón. Luego saca un vestido de la bolsa, de los que llevan las abuelas.

Cuando viene Yunus para saludar a su madre, no me reconoce.

¡Yunus!

Se ríe. Bah, dice, solo es hasta la boda.

Desde las primeras horas del alba va llegando gente a la casa, gente que no conozco. Mi boda es su fiesta. Su razón para reír, para beber.

Soy todo silencio, un pálido motivo.

Todos están animados, salvo yo. Todos buscan la ebriedad, la borrachera, la risa. Floto en el aire como los trozos de tela del árbol sagrado, ondeando entre las ramas negras y desnudas, mojados por la lluvia, expuestos al frío y portadores de un deseo que olvidaron hace tiempo.

Subo y bajo las escaleras como un gato furtivo.

La casa huele a infusión de menta, los hombres huelen a aguardiente.

Oleadas de risa se derraman sobre los escalones.

No sé dónde está Yunus.

Entonces vienen a mi encuentro las muchachas y me llevan a la alcoba. Me han traído un vestido de seda blanca, manoseada, y me lo pasan por la cabeza; es demasiado largo, tropiezo a cada paso, incluso cuando me estiro y ando de puntillas, también las mangas son demasiado largas. Me miro en el espejo, ya no tengo manos.

Las muchachas me las desentierran entre la tela y me las encajan en guantes blancos.

Me colocan un velo en la cabeza.

Ahora soy novia.

Las muchachas vacían sus bolsos de maquillaje sobre la mesa. Rímel, colorete, pintalabios, cosas que yo nunca he visto. Se arrancan pelos de las cejas, se echan perfume y sombra de ojos.

Mis cejas son tupidas como las de un perro, mi pelo está despeinado como la cola de un caballo, nunca me lo he cortado. El único espejo lo ocupan las

muchachas. Sin espejo y por primera vez en mi vida me pinto los labios, de rojo oscuro, y me pongo colorete en las mejillas.

Parezco un payaso.

Las muchachas me sientan en una silla. Me clavan en la mano un tiesto de plástico negro donde florece una flor violeta. Relámpago. Una foto. La de las pupilas rojas:

La novia.

Frente a la casa hay dos autobuses.

Uno es para Yunus, su familia y sus amigos.

Y ese es para ti.

Subo al autobús. Las muchachas suben conmigo.

Nos desplazamos a la casa en la que Yunus vive con su madre desde la muerte del padre. Allí voy a vivir yo hasta que nos marchemos al país de los pantalones vaqueros, a Alemania.

Las muchachas cantan y tocan las palmas. La casa está demasiado cerca para sus canciones, por tanto el autobús va dando vueltas. A través de los cristales veo casas, muros de piedra, un coche rojo, un zapato viejo colgado de un árbol desnudo. Van pasando de largo una y otra vez, siempre iguales, el coche rojo, el zapato colgado de las ramas... El canto desmadrado se burla de mi nostalgia de la nana de madre. Las muchachas me acosan con su alegría. Sujeto el tiesto negro con tanta fuerza que la tierra se derrama y cae en mi regazo blanco. Con mis manos blancas devuelvo los terrones al tiesto negro, apretándolos.

El autobús para, las muchachas me agarran del brazo y me van empujando hacia la casa. El vestido blanco se arrastra por el suelo sucio, manchas grises trepan por mi estampa.

Gente riendo por donde miro. Respiro alcohol.

La madre de Yunus está a la puerta de su casa. Ella aquí es la viuda, yo soy la novia. Apoyada en la jamba, hay una placa de cristal. Tengo que romperla de una patada, se supone que los añicos traen suerte.

Doy una patada al cristal, el cristal permanece intacto. Gritos. Vuelvo a intentarlo. Risas. Otra vez, y otra, no se rompe, otra vez, y otra, se hace

pedazos. La felicidad está tirada en el suelo, frente a mí.

Entro en la casa de Yunus pasando por encima de cristales rotos.

Aplausos. Alivio.

La fiesta no se interesa por mí. Estruendo de risas, cantos, palmadas sin causa.

No sé dónde está Yunus.

Las muchachas vienen de nuevo, me agarran por el hombro y me empujan hacia delante, somos una serpiente, culebreamos por la fiesta, es un baile. Avanzo tropezando, acuciada por la alegría ajena, por pies ajenos pisándome el vestido de novia, por cuerpos ajenos instándome a seguir avanzando. Poco antes de reventar yo, revienta mi vestido.

No sé dónde está Yunus.

Me meten lokum en la boca, me restriegan el azúcar por la cara, mi boca está irreconocible en la oscuridad, bajo el pintalabios, tras las vaharadas de aliento impregnadas de alcohol. Me colocan en un círculo, me agarran por los hombros y me hacen girar. Vértigo. Todas las caras me son desconocidas, excepto la de la madre de Yunus.

Ahora la madre de Yunus es mi madre.

Se inclina hacia mí y me dice en voz baja: ¡Estate atenta a tu virgen esta noche!

Ahí está de nuevo, mi virgen. No puedo verla, no puedo tocarla, mi virgen invisible, comprometida.

Me dirijo a una de las muchachas y le susurro al oído mi desesperación, le pregunto cómo debo estar atenta a mi virgen esta noche, y ella dice: Tu sangre tiene que apreciarse claramente en la sábana. ¡Mañana todos querrán ver tu sangre!

No sé cómo conseguirlo.

Tengo que cortar la tarta nupcial, luego me conducirán a la alcoba. Miro fijamente el glaseado y las rosas de mazapán blanco, la música cesa, y por fin Yunus aparece a mi lado, y su madre, que ahora es mi madre, le pone un cuchillo en la mano y coloca mi mano sobre la de Yunus: juntos realizamos el tajo hacia mi virgen. Por toda la sala flotan platos con trozos de tarta y rosas

de mazapán, platos sostenidos por manos pegadas a ellos, y que terminan en hombres, mujeres y niños de bocas sonrientes, personas que celebran su fiesta, pues no hay fiesta que por bien no venga, y que no se preocupan por mi virgen.

La madre de Yunus, que ahora es mi madre, me conduce a la alcoba, la puerta se cierra a mi paso.

Mi manchado vestido de novia se ha agrandado en esta fiesta, o yo me he encogido; se me ondula alrededor de los pies, aprieto una rodilla contra la otra, cruzo los brazos sobre el regazo.

Fijo la mirada en el gran lecho. La sábana es blanca como las rosas de mazapán, el recio bastidor de madera es viejo y experimentado.

Yunus entra en tromba, viene volando sobre la loma. ¡El lobo! Me embiste, me arranca el velo, me oprime contra la pared, son demasiados los botones de mi vestido, Yunus intenta abrirlos, le tiemblan los dedos y enseña los dientes, se le acaba la paciencia y me desgarrá el vestido, me lo arranca de los hombros, de los pechos, de las caderas, tiemblo, me desgarrá el sujetador, las bragas, quedo desnuda ante él, una chica no tocada, nunca contemplada, se baja el pantalón de un tirón, tengo delante su miembro erecto, lo lleva como una pica y se abalanza sobre mí, los dientes en ristre, veo ovejas muertas.

 Mi dolor es agudo y tenaz.

 Espacio, Yunus, espacio.

Un gemido convulso, un temblor, un esqueleto hambriento sobre mi cuerpo.

De pie frente a la casa hay hombres fumando, esperan con impaciencia a Yunus y la prueba de su virilidad. Gritan y silban.

 Hace frío afuera, demasiado frío para dos cigarrillos.

Por fin, la sangre corre entre mis muslos. Yunus ha matado a mi virgen. Mancha oscura sobre sábana blanca. Yunus me besa, novia inmóvil, en la frente. Deposita la sábana en una cesta que le ha dado su madre, que ahora es mi madre. Borde sobre borde, la mancha de sangre llega.

Los lobos devoran a las ovejas. Las destripan. Hurgan en sus entrañas. Bazo, pulmón, hígado, intestino, corazón, virgen.

Yunus se pasea, cesta en mano, por la fiesta, exhibiendo a mi virgen.

Yazgo quieta y tocada.

Novia, yo.

Sangre sobre lana blanca. Sangre sobre prado verde. Sangre sobre sábana blanca.

Oigo a madre apenarse por mi lana tinta en sangre que ya no se puede blanquear ni colorear.

Añoro a mis hermanos, a Hüseyin, que viene para acarrear mi cadáver. En una carreta traqueteante quisiera yo volver al establo, por el prado.

* * *

Al día siguiente la herida palpita.

Voy a la cocina, la madre de Yunus, que ahora es mi madre, está sentada a la mesa, rodeada de vecinas, mujeres que ríen. En la mesa está la cesta. Una a una, las mujeres levantan la sábana, ven a la virgen muerta y meten billetes de dinero en la cesta.

Beso las manos de las mujeres y, por orden de la madre de Yunus, que ahora es mi madre, me pongo al fogón para hacerles la comida.

Tengo que hervir fideos. Me encuentro desvalida en la cocina, que es la cocina de la madre de Yunus. Abro los armarios, que son los armarios de la madre de Yunus, encuentro una olla, que es la olla de la madre de Yunus, un cucharón, que es el cucharón de la madre de Yunus, sus fideos. Echo agua en su olla, añado sus fideos, pongo su olla al fuego. La olla se calienta tanto como el agua, humea y borbotea, en su centro flota un pegote de pasta, de fideos aglutinados, algo va mal. No estoy a la altura de este hogar, por tanto debes crecer, Filiz, ¡crecer!

Tiro el agua al patio, donde deja un agujero en la nieve, un rastro, y les echo los fideos a los pollos. No los comen. Después estoy de nuevo frente al fogón. Otra vez. Algo tiene que cambiar. Así que otra vez y, ahora, de otra manera.

Sentada a la mesa, paseo mi mirada aprensiva por los presentes. Los fideos se pueden comer. Duermo profundamente.

Me levanto a oscuras y entro en el establo, en el calor de las vacas, el ruido infalible de su deglución, el olor familiar. Cuando estoy sentada en la banqueta de ordeño y extraigo la leche de sus ubres prietas, me siento en casa. Espero ilusionada el desayuno con pan de pita caliente y yogur, con padre y madre, con Yildiz, Sayit y Selin, sé que padre va a aparecer en cualquier momento a mis espaldas, con heno en la horca, que me va a desear los buenos días, buenos días, padre, mis cubos están llenos y las ubres vacías, pero no quiero parar de ordeñar, no hasta que mi padre aparezca a mis espaldas.

¡Filiz!

La madre de Yunus, que ahora es mi madre, me llama.

El pan de pita en la mesa del desayuno está caliente, pero sin sésamo y sin hogar; lo mastico e imagino granos de sésamo entre mis dientes y a madre, a Yildiz y a Sayit en la mesa y a Selin en mi regazo.

Cuando haya recogido la mesa del desayuno, limpiaré la cocina y fregaré el suelo, también en las alcobas, antes de poner a hervir la colada en el patio.

Yunus no trabaja. Es el hombre de la casa. Eso basta.

Yunus es fuerte. Quiere, para desayunar, pan de pita fresco, que le cuezo antes de salir el sol, leche recién ordeñada y yogur casero; quiere, durante la mañana y varias veces, cigarrillos con fuego y cenicero; al mediodía, pilav con yogur y *turşu*; por la tarde, un sofá ancho para dormir, luego café, una camisa recién lavada y planchada; al anochecer, sarma y pimiento relleno, pastel fresco con leche, pies lavados y axilas lavadas, mi pelo recién cepillado; y por la noche, cópula por delante y por detrás, quiere que mi dolor sea mudo y mi gemido placentero.

Es viernes. Hace una semana que nos casamos. Acabo de fregar el suelo de la cocina. Yunus está acostado en el sofá y me llama, corro hacia él.

¡Camisa limpia!

Voy y le traigo una camisa limpia de la alcoba, la pongo en el sofá, al lado de Yunus. Señala los botones en su pecho, los abro, le quito la camisa vieja y le pongo la nueva, la abotono.

¡Chaqueta!

¡Zapatos!

Río por lo bajo, Yunus, ¡tienes dieciocho años y no ochenta!

Estoy de pie en el establo, entre las vacas, en un puesto de ordeño vacío, las manos en la barra de hierro. Detrás de mí está Yunus, con la horca del heno en la mano. Me pega con el mango de madera. Los golpes son sordos. La madera suena sorda. Dentro de mí. Yunus pega cada vez más fuerte. Cuando se le acaban las fuerzas, golpea con las púas de la horca metálica.

Me desplomo hacia delante. Quedo colgada sobre la barra de hierro. Vomito en el suelo de hormigón. Las vacas se mueven inquietas, se apretujan hacia las paredes del establo. Avanzando por mi espalda, mi nuca, mi cabeza, los golpes llegan a mi cara. Mis ojos están inyectados, vetas rojas en el blanco desmayado, como el mármol. Inyectados y ciegos.

* * *

Estoy acostada en la cama. Quiero girar la cabeza, pero no puedo.

A mi lado, Yunus. Llora. Debe de haberme descolgado de la barra como ropa puesta a secar, debe de haberme doblado para poder cargar mejor conmigo. Está de rodillas junto a la cama, me toma la mano, y los remordimientos brotan de su boca como un reguero constante.

¿Por qué?, pregunto.

¡Nunca debes levantarte contra tu marido!

Yunus vierte el sufrimiento en mi mano. Mi mano está cárdena, renegrida bajo las uñas.

¡Te quiero, Filiz! ¡Perdóname!

Los ojos de Yunus son verdes del río. Es mi marido.

Todo se arreglará, Yunus. Me curaré.

La nostalgia del hogar está regada por todas partes, en el patio donde no juega Selin, en la alcoba donde no entra hermana, en la cocina, el pasillo, el aroma de canela. La nostalgia del hogar cuelga de los árboles y cae de las ramas. Se escurre del tejado con la última nieve, como si llegara la primavera. Todo el pueblo es nostalgia del hogar. Está ahí para decirme cuán lejos estoy. Y que soy una niña y necesito una casa. Me oye llamar casa a esta casa, y se ríe de mí.

Yunus posee un autobús, es todo su orgullo, dice, su tesoro. Una vez fue verde oscuro, como la hierba fresca, ahora es de un rojo herrumbroso y reseco, como los prados en agosto. Los bordes de la luneta son aristas, prismas en los que reverbera el sol. Yunus pasa días enteros frente a su autobús, la cabeza hundida en el capó, las manos y la cara pringadas de aceite. El motor es defectuoso, los asientos están rajados. Le ofrezco coserles un forro si me compra tela. Al día siguiente hay poliéster tirado en la cocina, de rayas anchas de color rojo oscuro y azul oscuro. Pienso en los sillones orejeros de mi padre, me meto entre las anchas rayas y empiezo a coser.

Coso todo el día, coso toda la noche.

La máquina de coser es una máquina prodigio. Atrae mi mirada a la punta de la aguja, todos los pensamientos, todos los sentimientos, convergen en ella. La aguja borda mi alma en la tela.

En la madrugada salgo al patio y forro los asientos. Son como los sillones orejeros de mi padre, son mi casa perdida. Aletea una milagrosa alegría, aletean alas olvidadas. Horneo pan de pita y pongo la mesa, tarareo, la canción de madre en los labios, sirvo a Yunus cuando llega, el café recién preparado, el pan caliente y la mantequilla, me siento a su lado batiendo las alas y me mantengo muda, como me quiere por la mañana, muda. Mastica despacio como las vacas, y apenas ha tragado el último bocado recojo la mesa, mientras sale de la cocina y, atravesando el patio, se encamina al autobús. Lo observo todo claramente por la ventana, los platos me tintinean en las manos; con la mirada fija en Yunus me doy prisa para sumergir los platos en la pila, lavarlos, pasar un trapo por la mesa y el suelo, y salir por fin corriendo hacia Yunus y su alegría, su sorpresa.

El patio está desierto, el autobús ha desaparecido.

Por la noche lo oigo volver.

Lo oigo venir por las escaleras y me hago la dormida.

Entra en la alcoba oscura, la satura de alcohol. Oigo como abre la cremallera de su pantalón, me gira boca arriba, me sube el camisón y me penetra.

Días después viene el hijo del vecino. Da una vuelta al autobús y admira los sillones orejeros.

Barro el patio con la mirada gacha y el oído abierto y escucho cómo Yunus le cuenta: lo ha hecho mamá.

En efecto, la madre de Yunus luego le cuenta cómo; cuenta sobre dibujos, costuras, noches de trabajo, sobre cada detalle. El vecino admira la obra, y la madre de Yunus, que ahora es mi madre, sonrío, halagada y coqueta como una muchacha.

Cierro el oído, bajo la mirada y barro el patio.

Ha sido mi risa la que ha hecho salir a la araña de su agujero, atrayéndola al centro de la red donde estoy atrapada y que ahora es mi vida.

Sé que ha sido mi risa. He reído demasiadas veces. Ha sido un error, lo sé, porque soy una esposa.

¡No rías! La araña, que ahora es mi madre, lo ha dicho muchas veces. No debo reír, no debo abrir los labios porque evocan los labios de mi vulva, que son propiedad de Yunus, como lo son los de mi boca. No debo andar por el pueblo regalando fantasías sobre mis labios, sean los de mi boca, sean los de mi vulva, o sobre la más mínima parte del cuerpo.

Cualquier fantasía sobre mí pertenece a Yunus.

He reído, he abierto la boca, he abierto la entrada a mi cuerpo, ancha y desvergonzada, y también a mi alma, porque he levantado los párpados, lo cual es un error; por eso la araña, que ahora es mi madre, se arrastra hacia mí, negra y gorda y cada vez más próxima, me va cercando y, teje que teje, encerrando en su red. Yo estoy quieta y me hago la muerta.

La araña me ha enredado por completo.

Me miro en el espejo y no me encuentro. He desaparecido en una maraña de poliéster y nailon.

Soy un punto ciego.

Permanezco sentada en la cama durante horas, como corresponde a un punto ciego.

Permanezco quieta hasta que irrumpe la noche.

Yunus, cuando llega, está borracho. Me arranca la telaraña del cuerpo, me arroja sobre la cama.

Bajo sus rítmicos embates mi mirada se desliza por el techo penumbroso de la noche, hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás.

Es eso, pues, lo que de nuevo me hace mujer.

Yunus suelta un gemido y cae en un sueño profundo. Yo yazgo quieta. Yunus encima de mí, alcohol en la sangre y en el estómago, su ácido aliento es mi noche en vela.

Cuando empieza a clarear, me zafo de debajo de Yunus y me visto, capa por capa: bragas, medias, las enaguas que llegan al suelo, la falda que llega al suelo, la blusa de manga larga, la rebeca de manga larga, y encima, por primera vez, el no-cuerpo, la no-cara.

Soy un punto ciego.

Saco el pecho para recuperar el aliento, bajo las escaleras, al patio.

Con cada paso repulso el no-cuerpo.

Con cada paso vuelve a mí.

Se me acopla.

Giro la cabeza, mejilla contra mejilla con la no-cara, miro hacia fuera. El mundo se repliega ante mí, no me conoce y no se me comunica, punto ciego que soy.

Cuando vienen las muchachas del vecindario para anegar el patio con sus risitas, no puedo seguir siendo una sombra muda. Las risitas me llegan hasta las rodillas, mi corazón late.

Soy una niña, una esposa.

Entonces yo también suelto risitas y abrazo a las muchachas, río y enseño mi boca abierta.

Yunus me pega.

Tiene que sacarme a golpes la niña de los huesos.

La muchacha de las vísceras.

Tiene que meterme a azotes la esposa dentro del cerebro.

El campo yace en brumosa blancura. Vahos de niebla, el cielo; un disco blanco, el sol. Todo gira, en torno a sí mismo y alrededor de mí; agarro el pardo en la blancura, me apoyo en el palo del tendedero, encontrar sostén, tomar aliento.

Soy observada. Percibo la mirada y vuelvo la cabeza, una cara sin dientes me hace una mueca de sonrisa. Apoyada en su bastón, la vecina se asoma a la valla y señala mi vientre:

Bebek!

El estómago me sale a chorros por la boca. De cuclillas ante el charco, empiezo a contar los coágulos, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, diecinueve, veinte, veintitrés... veintitrés, otra vez: uno, dos, tres, cuatro, veintiséis... veintiséis, otra vez: nueve, diez, once. ¿Cómo un punto ciego va a parir vida? ¡Doce, trece, catorce! ¿Cómo? Quince, dieciséis, diecisiete, coágulos, dieciocho. ¿Cómo voy a alimentar al niño con pechos cárdenos? Diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro... ¡No puedo lo que pueden las vacas, las ovejas! No tengo leche de pechos sanos. No tengo rebaño que me proteja.

Los sacos de pienso adosados al muro pesan cincuenta kilos.

Agarro uno, cargo con él, lo arrastro hasta el otro lado del establo, lo apoyo en la pared, vuelvo atrás y agarro el siguiente, cargo con él, lo dejo caer, cojo el tercero, el cuarto, el quinto, los llevo de ida y vuelta, los recoloco, los reordeno como las fichas de un tablero de juego; los levanto a pulso, tiro y tiro de ellos, resuello como un animal; el más pesado lo arrastro, jadeando. De un agujero diminuto sale un reguero de maíz:

¡Un hijo, no! ¡Un hijo, no!, dice allí.

¡Un hijo, no!

Me tumbo en el suelo y atraigo el saco más pesado sobre mi vientre. Me oprime la respiración, lo levanto en el aire, tan alto como puedo, lo dejo caer, sobre mi vientre, sobre mi hijo. Una y otra vez.

La sangre no viene.

Ni al día siguiente ni al otro.

Una y otra vez vuelvo al establo para jugar a mi juego de tablero.

Trazo líneas de maíz como una confesión secreta.

Tiro sacos sobre mi hijo, yazgo muda, espero su muerte.

LA madre de Yunus, que ahora es mi madre, se abalanza sobre mí: que la estoy dejando sin pelo de tanto jalar, grita, que como en su casa y que duermo en su casa, lo mismo que mi horroroso marido, y que ella trabaja en el campo mientras mi marido, mi horroroso marido, duerme en casa, ese marido que bebe, juega, pierde en la timba su dinero, el de ella, con el que ella nos alimenta a mí y a mi horroroso marido. Y al hijo nonato.

Yunus, de pie en la cocina, grita: ¿Qué más quieres? ¡Te he traído a una esclava!

Arrastra a su madre por el pelo afuera, al patio, hacia la calle, y brama: ¡Vete!

Ella ha ido a ver al alcalde, quiere echaros de casa, quiere hacer desalojar su casa si no os vais, vociferan los vecinos.

La madre de Yunus, que ahora es mi madre y la abuela de mi hijo nonato.

* * *

Sobre la mesa hay dinero. Monedas de brillo plateado. Fajos de billetes. Los ha conseguido Yunus. Quiere apaciguar, con el dinero, a su madre. Volvemos a vivir bajo el mismo techo, Yunus, la araña y el punto ciego. Y un hijo nonato.

El dinero se va tal como ha venido. Yunus lo ha perdido en el juego. Cada bocado que como es un regalo de la araña.

Siento demasiada vergüenza para masticar. Tengo demasiado orgullo para tragar.

Ramadán.

Mi vientre está grande. La madre de Yunus nos prohíbe comer. A mí y al nonato.

Ni un trago de agua después de salir el sol, ni un trozo de pan antes de su puesta.

El sol nos abrasa. Trabajamos en el campo, el nonato y yo, segando, rastrillando, volteando la hierba. Llevamos piedras de sal a los animales del prado para que estén sanos y satisfechos.

Ni un trago de agua después de salir el sol, ni un trozo de pan antes de su puesta.

Envidio a las ovejas.

El aire en la maraña de poliéster y nailon está viciado. Tengo los labios agrietados y la boca tan hueca como mi estómago.

¡Dios es grande! ¡Dios es más grande que todo y no se le puede comparar con nada!

¡Confieso que no hay dios fuera de Dios!

Ni un trago de agua después de salir el sol, ni un trozo de pan antes de su puesta.

Yo amaba a mi Dios.

Ahora quiero despedirme de Dios.

¡Dios es grande! ¡Dios es más grande que todo y no se le puede comparar con nada!

¡Confieso que no hay dios fuera de Dios! ¡Estar por fin sin Dios!

EN casa, con mis padres, Dios y yo éramos amigos.

Salíamos al prado juntos y arreábamos los corderos. Ordeñábamos las vacas y recorríamos las praderas en busca de hierba. Disfrutábamos los aguaceros y el olor a sudor de los hermanos. Conversábamos largo rato y a menudo, de noche callábamos juntos. Discutíamos también. Teníamos confianza el uno en el otro.

Quizá Él aún hable. Yo no oigo nada. Presa de la maraña de poliéster y nailon, estoy sorda.

Cada día el ayuno se agrava, las grietas en los labios se hacen más profundas.

El hambre, el hambre, perro hambriento. Me duele la cabeza, me duele el hijo en el vientre. Sus patadas se vuelven más débiles. Hace calor.

Sequía alrededor.

Ordeño las vacas. Sumerjo mi mano en el cubo, saco la leche con el hueco de la mano, huele a nata y a dulzor, bebo como un ternero. A mis espaldas, la araña.

Me pega en las manos, me pega en la cabeza.

Nos niega la leche a mí y a mi hijo invocando a Dios. Me insulta y maldice: ¡No tienes Dios! ¡Te quedarás sin Dios!

Me sirve de promesa.

El hambre, el hambre, perro hambriento.

No es por Dios que hago ayuno.

Hago ayuno por mí. Hago ayuno para no estar en deuda con la araña.

Una vez puesto el sol, hay comida abundante: börek de costra dorada, sarma, pilav humeante, ensalada de remolacha de color rojo oscuro con perejil fresco, cacik suave, sopa de yayla con menta fresca, barbunya que se parece a la de casa.

Con una mirada suya la araña me bloquea las mandíbulas, me atenaza la garganta.

Un trozo de pan, un trago de agua, media cucharada de barbunya. Más no.

No más.

También lejos de la mesa me abstengo. Es como si el börek me difamara, como si la halva me delatara ante la araña.

Una noche me obligo a comer. Debo hacerlo. Llevo una criatura en mi vientre. Levanto el tenedor bajo la mirada de la araña, abro los labios, como un trozo de queso, propiedad de la araña; es leche que he sacado de las ubres de las vacas, que he llevado al cobertizo y que he deshidratado convirtiéndola en queso. Tengo en la lengua un trozo que es propiedad de la araña, sabe salado, untuoso y extraño, como si me comiera a la araña misma. Mastico despacio y doy órdenes de deglutir a la laringe. Me obedece, pero mi estómago se rebela.

Con un vómito devuelvo la propiedad de la araña al patio.

¡Madre! ¡Madre!

¡Ahí viene mi madre!

Aún está lejos, pero viene hacia mí, echo a correr, corro a su encuentro

batiendo las alas hacia mi madre, ¡mi madre! No me reconoce. Quiere pasar de largo.

¡Mamá!

Mira, insegura, el punto ciego, busca en él a su hija.

No quiere encontrarla en él.

¡Mamá!

Quiero recogerme en su regazo.

Madre no puede asir el punto ciego, no puede tocarlo.

¡Mamá!

¿Filiz?

La voz de madre es un hilo.

Me crezco y la saludo con voz firme, hablo del embarazo feliz y de Yunus, el buen marido. Embebo cada palabra en alegría.

¡Me va bien!

Pregunto por padre, que ya no tiene hija. Por Selin. Por Sayit, Yildiz, Hüseyin, por Aliye y Royin, por nuestras vacas y nuestros corderos, por los vecinos y los campos.

¡Me va bien!

Me ahogo en alegría.

Madre lucha por creerme.

Su mirada es huraña.

Se va sin tocarme una sola vez.

Cópula. Yunus tirado encima de mí, sus grandes pies rebasando el borde de la cama, su miembro tieso penetrando mi cuerpo. En los sueños el miembro de Yunus sobresale del agua verde del río y se yergue hacia el cielo de color azul profundo, es cálido y brilla al sol; en la oscuridad de la alcoba es frío y filoso como un cristal roto. El cuerpo de Yunus es de hierro, un pecho armado, sus labios están suspendidos muy por encima de los míos, sus ojos son invisibles. Me penetra, penetra el punto ciego. Mientras va penetrándome, le digo mi añoranza con voz muda. Me penetra sordamente y lanza gemidos muy sonoros.

¡Levántate!

Aún es de noche cuando la araña golpea en la puerta para despertarme.

¡Eres una esposa, no una niña!

Me pongo de pie, Yunus se envuelve en mi manta, me visto, y mi nonato y yo vamos al establo para ordeñar.

Hace días que Yunus no me dirige la palabra. Ni una sola orden.

Me arrodillo frente a él y le suplico.
Su silencio es tan grande como mi miedo.

Por las noches sueño con entrar en la boca de Yunus como en una mina para sacarle palabras al paladar a golpe de martillo. Me aventuro muy adentro, pero no logro extraer nada. Entonces la boca se resquebraja, se desmorona, la lengua se viene abajo, y me precipito en la garganta.

Caída libre.

El silencio es un pacto entre Yunus y la araña; es lo que yo espero.

* * *

Le lavo a Yunus los pies cada día, cuando viene a casa, cuando viene del exterior que me está vedado. Los lavo con agua y jabón, los sostengo con mis manos y no quiero soltarlos, les hablo en voz baja, les cuento sobre nuestra criatura nonata. Los seco frotando y les pongo aceite.

Ahora Yunus duerme en otra habitación.

Voy junto a él. Me arrodillo al lado de su cama, me desprendo de mi velo, mi rebeca, mi blusa, mi sujetador, le ofrezco mis pechos turgentes, henchidos de leche, bellos y blancos en la penumbra, con los pezones bravamente erectos a la negrura.

¿Quieres?

Silencio.

Me quito la falda, las medias, deslizo las bragas por debajo de las rodillas, estoy desnuda, me combo hacia él.

Yunus no me mira.

Aprieto la pelvis contra la palma de su mano.

Yunus no se mueve.

Fijo la vista en su boca. Sé que puede hablar.

Dime que me odias. ¡Te lo ruego!

Mudo como una piedra.

Me levanto, cojo mi ropa, me largo como un perro sarnoso.

Anhelo sus golpes.

Yunus volverá dentro de treinta y seis horas. Ha ido a la ciudad con el hijo del vecino, no sé por qué. No se lo ha dicho a la araña, pero le ha dicho que volverá, mañana por la noche volverá, al cabo de treinta y seis horas. Treinta y seis horas.

Quedo a la espera de que vuelva a mí. Quedo a la espera de que, con él, yo vuelva a mí. Quedo a la espera de volver a ser.

Cuando regresa, me gira boca abajo, me sube el camisón, me agarra los brazos, los aprieta a ambos lados de mi cabeza en el colchón, me clava su miembro entre las piernas.

Abandona la alcoba sin decir palabra. Yo y la criatura nos quedamos solas.

La criatura dentro de mí se mueve. Yo nos arrullo. Por las noches, el peso del silencio aumenta.

Yunus entra en mi duermevela, una sombra sin boca, sin ojos, con solo un papel que dice en letras grandes: Está pariendo.

Los gritos de la vaca penetran en mi modorra.

Me levanto de un sobresalto, me visto y corro al establo. La vaca, tirada en el suelo, brama; dos patas de ternero le salen del vientre.

Los animales están aquí en su casa. Yo soy la extraña. Amontono el heno ante sus bocas, controlo el agua y sujeto las piedras de sal que se han caído al suelo; echo paladas de paja fresca bajo sus pezuñas. Limpio un establo extraño, ordeño vacas extrañas y cargo con leche extraña. Cuando salgo del establo con los cubos llenos, me siento ladrona. Recojo los huevos en el gallinero, ladrona, ladrona. Preparo huevos revueltos y la mesa, y cuando Yunus viene, todo está listo. Estoy sentada muda, como él quiere, una comida con acompañamiento mudo.

Yunus elige un trozo entre el pan recién cocido que le alcanzo, se lo unto con mantequilla, le pongo azúcar en el café, él toma un sorbo.

¡Madre!, brama.

¡Madre!

Oigo los pies de la araña poniéndose en el suelo, oigo pasos en la alcoba, pasos en la escalera, abre la puerta de la cocina de un empujón.

Dile a Filiz que el café está flojo.

Recojo la mesa, traigo agua del pozo, la hiervo y froto la colada. Pantalones y calzoncillos de Yunus, sus camisas, sus calcetines, las medias de la madre de Yunus, sus blusas y bragas, sus faldas, sus sábanas. El agua se enturbia, con dos cubos en la mano voy al pozo por agua fresca, entonces mi criatura me da una patada.

Al mediodía preparo la comida. Lentejas y cordero en salazón. Parto lechuga. Yunus está tumbado en el sofá. Duerme.

El almuerzo es mudo como el desayuno. El anhelo de una palabra de Yunus es tan grande como su silencio. El anhelo de una caricia. Para mí. Para la criatura.

La araña se sienta a la mesa. Come. Yo no como. Que me falla la lengua en su presencia, lo sé. Que tengo el paladar a media asta, que la laringe deja de moverse, que la boca se me deshidrata, lo sé.

¡No comer de su mano!

Todo lo que tengo al alcance de la vista en esta casa viene de su mano.

¡Araña gorda grasa pesada! Ahora se ha arrellanado en el banco de la estufa.

Yunus quiere la chaqueta y los zapatos. Mueve el dedo.

Le pongo la chaqueta, me arrodillo, le quito las pantuflas y le calzo los zapatos, ato los cordones formando un lazo, le ciño los pies con las manos, quiero hundirme hasta sus tobillos, piel para mí, para la criatura. No me atrevo.

Yunus se levanta y sale de casa. Oigo el ruido del motor de su autobús.

Recojo la mesa, friego el suelo de la cocina y de las alcobas, parto leña, la apilo en el cobertizo, ordeño las vacas, les doy de comer. Luego hago la cena.

La mesa puesta está quieta y solitaria en la penumbra.

Estoy sentada. Estoy a la espera. El tiempo pasa.

Inmóvil, espero a Yunus hasta bien entrada la noche, hasta que acabo helándome.

Yunus no viene.

Guardo la comida en los armarios, me arriesgo, debo hacerlo, como.

Yunus entra en mi cuarto a altas horas, tiene un vaso de agua en la mano. Se acerca a la cama y me lo tiende.

Está fresco y pulido y enrasado.

Es como si Yunus me hubiera llevado el mundo hasta la cama.

Bebo el mundo a grandes tragos.

Una mañana pongo los pies en la nieve. El otoño me pasó inadvertido, no sé si las hojas tenían colores ni cuánto tiempo colgaron de las ramas.

No sé cuándo empezó a nevar.

Son ciento treinta y siete días los que Yunus lleva en silencio.

Me doy los buenos días. Me alabo mi baklava, ¡qué bien te ha quedado, Filiz! Me alegro por mis vestidos, eres una hábil costurera, preparo el desayuno, corrijo la posición de la cucharita en el platillo de Yunus y digo en voz baja, gracias, Filiz. Al ordeñar, charlo conmigo sobre la pierna rota de Seda, curada desde hace tiempo, sobre las piedras preciosas de Leyla y la bola desaparecida; me hago declaraciones de amor cuando friego el suelo, ¡te quiero, Filiz!, cuando voy a buscar agua, ¡eres la niña de mis ojos, Filiz!

Y a veces digo: Tengo miedo.

La criatura en mi vientre me resulta extraña, una amenaza. Solo me da patadas y se alimenta de mí. Calla desde dentro como su padre calla desde fuera.

Me protejo con palabras. Todo se arreglará. Todo se arreglará.

Aunque no me creo a mí misma.

Todo se arreglará.

Compongo un muñeco como lo hacía cuando era pequeña, un muñeco de madera y de masa de pan, con ojos de pasas y pelo de heno y un vestido de retal, resto del forro de los asientos, de rayas rojas y azules. Le trenzo labios de paja para que pueda hablar, se los pinto de rojo para que diga palabras exuberantes.

El muñeco habla de todo y de cada uno, de los terneros y de los corderos, de la halva de madre y de los hermanos, de la barquita de corteza que se hundi6 en el charco, y de fresas verdes.

* * *

Mi vientre crece. La criatura nonata toma el control de mi ser. Soy su alimento, su respiro, su herramienta de huesos y piel, soy los brazos y las piernas que cuelgan de la bolsa amni6tica.

Tengo miedo al parto.

Estoy a merced. A oscuras. Sola.

El silencio de Yunus es lo 6nico seguro. Brota de su aliento, de sus gestos, es su olor.

Echar6 a su criatura al mundo de su silencio.

En mi boca los soliloquios proliferan como la mala hierba, te quiero, Filiz, te quiero, quiero, quieroieroieroieroieroiero.

Sentada detr6s de la puerta, la ar6a escucha.

Filiz se est6 volviendo loca, le dice a Yunus.

Cada hombre que viene por la calle helada del pueblo es, por un momento, mi padre. Mis padres se deslizan sobre las placas de hielo, zaquean la nieve reci6n ca6da, puedo apreciar sus huellas durante mucho tiempo.

Cada d6a mis padres pasan de largo. Solos. Con mujeres y ni6os. Con hijas. A veces vienen juntos, de dos en dos, de tres en tres o en grupo. Juntos cargan con madera o ladrillos, o van sentados sobre el carruaje y cruzan sin saludar.

* * *

M6s tarde, mucho m6s tarde, viene 6l, mi padre. Viene por la calle del pueblo,

como mi madre, lo veo de lejos, viene hacia mí, viene a mi encuentro, estoy quieta, no respiro, él se detiene frente a mí. Mira el punto ciego buscando a su hija, intentando encontrarla.

Padre valiente.

Mi seno es grande. Mi barriga, soberana. No soy más que mácula.

Padre me coge con su brazo duro, su abrazo es fuerte, me quita la fortaleza. Me echo a llorar.

Yunus no se lo pasa bien con su mujer en avanzado estado de gestación.

Ella ya no le da placer.

Oigo, con las manos en el agua de lavar los platos, cómo se lo cuenta a la araña.

Quiere salir, irse con el autobús a *Kiği* o a cualquier parte, una o dos semanas, mañana mismo.

Saco las manos del agua, me arrodillo frente a él, le beso la mano. ¡Te ruego que estés conmigo cuando tenga a nuestra criatura!

A las pocas horas vuelve a nevar. Copos gruesos, toda la noche. Al alba las nubes siguen preñadas. Las carreteras están resbaladizas. Imposible pasar. Yunus tiene que quedarse.

Nieva todo el día, la noche entera.

A la mañana siguiente me despierta el dolor. Dolor en el vientre. Dolor en la espalda. Dolor en la entrepierna. El dolor me hace dar vueltas, me hace salir del cuarto, de la casa.

Estoy en el patio, en camisón, y vomito sobre el suelo helado.

Tirando de mí, la araña me conduce a la casa, sobre un lecho en la cocina, delante de la estufa. Grita: ¡Yunus!

Que vaya a buscar a Hatice, porque Hatice acompaña los partos en el pueblo.

Veo, jadeando, a Yunus bajar las escaleras, ponerse los zapatos y la

chaqueta, lo veo salir de casa. Ni una palabra, ni una mirada.

De pronto soy el foco de los acontecimientos. El pueblo se reúne en nuestra casa. Las vecinas ocupan nuestra cocina, forman un corro a mi alrededor.

Hatice me separa las piernas y los labios de la vulva. El líquido amniótico se ha secado hace tiempo, el canal de parto está reseco.

Deciden llevarme al hospital por la nieve.

Yunus maldice y pone en marcha el autobús.

Estoy tumbada sobre el forro de rayas rojas y azules, envuelta en mantas. Las contracciones se suceden a intervalos cada vez más breves. Nos desplazamos a velocidad de paso en medio del torbellino de nieve. Horas y horas.

* * *

El niño que me colocan sobre el vientre está rojo, manchado de sangre, y tiene los ojos grandes y marrones. En su cuerpo pequeño la piel se arruga.

Un hijo varón.

Es 24 de diciembre.

Se llamará Halil, dice Yunus.

¡Basta! ¡Basta ya!

Cuando el recién nacido brama, Yunus también pega bramidos.

¡No soporto esos gritos!

Me acomodo al niño en el pecho y abandono la alcoba. El niño y yo estamos en fuga, siempre dispuestos a saltar y salir huyendo. Cada día huimos muchas veces. De cuarto en cuarto. De la casa al patio, del patio al establo, del establo al patio, del patio a la casa, de las escaleras a la cocina, a la alcoba, de la alcoba a las escaleras, de las escaleras a la cocina, no puedo calmar a la criatura.

La araña anda vociferando más que nunca. Ahora son tres los que le comen la hacienda.

Por las noches sueño con que el recién nacido y yo estamos sentados en el patio, arrancándole pedazos a la casa y metiéndonoslos en la boca. Masticamos despacio la albañilería y tragamos a conciencia.

* * *

Cuando Yunus no brama, vivimos en su silencio.

Estoy segura de que ya no volverá a hablarme, cuando de pronto una palabra me cae a los pies.

Manitas.

La palabra espera respuesta.

Me mantengo en silencio.

Empiezo a tropezar con palabras sueltas.

Hijo.

Son ásperas y pegajosas, pero las recojo y guardo bajo la blusa. Allí crecen y se ablandan y se calientan.

¡Te ruego, silencio, que te despejes! Día a día.

Yunus tiene que ir al servicio militar. Su bolsa está sobre la cama, yo se la preparo. La araña, sentada en el rincón, acecha. Hasta que Yunus vuelva, viviré en el centro de su red. Dieciocho meses.

Pitidos de claxon en el patio.

Frente a la casa hay un automóvil. Bajan dos hombres. Vienen a recoger a Yunus para llevarlo al servicio militar, que lo requiere.

He contado quinientos cuarenta y cuatro días. Desde hace quinientos cuarenta y cuatro días soy la esclava de la araña. Halil tiene prohibido dormir en mi cama. Tiene prohibido decirme mamá. Ahora dice mamá a la araña, a mí me dice tía. Ahora Halil pertenece a la araña. He dejado de comer.

Soy un pedazo de mierda.

Dentro de siete días volverá Yunus.

El día está velado de nubes. Un automóvil verde oscuro entra en el patio, el hombre que baja es un soldado. Cruza el patio, llama a la puerta de casa. La araña abre.

Estoy en el pasillo y escucho.

Yunus ha sido castigado. Vendrá dos meses más tarde.

Yunus está tirado muerto en las montañas. Tiene las piernas torcidas. Lo han llevado cogido de las manos y de los pies, lo han arrojado a la hierba. Las moscas penetran en su pecho por la herida. Yunus mira fijamente al cielo celeste. Está bien camuflado con su uniforme, es un trozo de prado con ojos muertos y botas recias.

Y unus viene hacia la casa, la bolsa al hombro, el pelo rapado. Mi corazón deja de latir. Me ve por la ventana. Ya no respiro. Abre de un empujón la puerta de casa, deja caer la bolsa, me abraza con fuerza, me sujeta, su mano está en mi pelo, su boca en mi cuello, su aliento mueve mi pecho, mi corazón vuelve a latir. Estoy feliz.

Al poco mi vientre vuelve a crecer.

Atiendo el fogón, dos pañuelos sobre mi pelo, sobre mi frente, sobre las sienes, la blusa abotonada hasta la nuez y cayendo hasta los nudillos, dos faldas que llegan al suelo. Tocan a la puerta. Como si hubiera un exterior, un afuera de la casa, como si la casa de la araña no fuese el mundo. Abro, cabeza gacha, mirada gacha, y me lo encuentro en el umbral, al servidor de Dios, amigo de la araña. Sagrado para esta, es un hombre malo. Con la cabeza gacha, la mirada gacha y la voz amortecida, contesto a sus preguntas.

Mi marido duerme. Su madre no está.

Cabeceo un saludo con los ojos entornados, y la puerta se cierra de golpe cuando la mano abierta de Yunus me desnuda.

Arrastrándome por el empedrado del patio, Yunus me lleva al establo. Coge una soga y me la pone al cuello. El nudo corredizo tarda en quedar como él quiere. Maldice. Me mantengo quieta.

¡Sube a la banqueta!

Subo a la banqueta.

¡Pon las manos a la espalda!

Pongo las manos a la espalda.

Me las ata, el alambre se me incrusta en las muñecas, los dedos se me hinchan. Fija la soga en la viga sobre mi cabeza.

Pienso en la criatura nonata de mi vientre.

Es ligera de cuerpo, pero su alma pesa.

Yunus llora.

¿Te atreves a hablar con un hombre?

Aparta de una patada la banqueta bajo mis pies.

Quedo colgando de la viga, Yunus abandona el establo.

Quedo aleteando, alambre constriñendo mis alas, atraigo nubes a las pupilas.

Sin luz. Sin Dios, promesa vana.

Muero por la mano de Yunus.

Así que esa era mi razón de ser.

Luego la nube anega la vista.

Es la araña, que entra en el establo justo a tiempo.

* * *

¡Viene padre! Viene a llevarme a casa, como si fuera su hija.

A medida que se acerca, veo: se ha vuelto viejo por obra del destino que soy. Está cansado, hecho un manojito de hierba pajiza que ya no conocerá primavera.

Caminamos sobre las montañas. Sonrío.

Madre y los hermanos cabecean hacia mí. Estoy atenta a la risa de los hermanos pero no la oigo. De las bocas de las hermanas no sale palabra. Cojo la mano de madre. Es una mano fría.

Estoy en mi casa que ya no es casa, que en última instancia siempre fue mi salvación y que ahora, en última instancia, no me salva.

Un día, al anochecer, miro por la ventana de la alcoba. Veo a Yunus y a la araña detenidos en el crepúsculo. Algo está sucediendo. No me llega un ápice de sonido, no sé interpretar sus gestos.

Yunus, entrando en estampida, brama: ¡Nos vamos!

Su grito es como un tiro.

El cielo del anochecer, el caserío, la vivienda, nuestra vida saltan en añicos que se desparraman por el suelo.

Cruzamos la campiña en el autobús traqueteante, la casa se ha hundido tras la loma.

El polvo de la calzada se pega a las pestañas de Halil, por fin cierra los ojos, ya no tengo que soportar su mirada.

Atrás queda la región de las lomas, la oscuridad impera en el autobús, invade los campos, viste de negro la llanura.

¿Vamos a Alemania?

Parados en Elazig, a la puerta de la casa del primo de Yunus, una criatura cogida de la mano, otra esperando en el vientre. La hogaza de pan del primo es grande, pero no lo suficiente, y su gyros no alcanza para sus cuatro hijos, su mujer y nosotros.

Alimento a Halil y quedo con hambre.

Por la noche, los tres nos acostamos en un único colchón.

Por el día me escabullo una y otra vez al cuarto de baño, cierro con llave y hago bailar los dedos sobre las baldosas blancas. Durante siete días.

A menudo me llevo a Halil. Permanece sentado quieto en las baldosas.

Trato de ayudar a la mujer del primo de Yunus, no podemos fregar el suelo, hay niños, ropas y mantas por todas partes. La mala conciencia baila sobre las baldosas del baño. Los cuatro niños gritan y retozan; Halil, tímido, entorpece el paso. Yunus está sentado en el único sillón orejero. Su primo sale a trabajar a las cuatro y media de la mañana para traer pan y carne por la noche.

Me vienen los dolores. Miro el mantel blanco y el sofá claro y no me atrevo a dar a luz.

En el hospital sostengo a mi niña en brazos. Selin. Es tierna.

Soy su madre. Esta vez soy yo la madre.

Se abre la puerta y entra Yunus, con flores, rosas amarillas, envueltas en papel celofán. El aroma se queda empaquetado en plástico. A la enfermera Yunus le ha traído bombones.

Al día siguiente estamos de nuevo sentados en el autobús, Selin en mis brazos, Halil reclinado en mi hombro.

Las calles de Elazig están alborotadas, se levantan y se inclinan y agitan el país, es el aniversario de la muerte de Atatürk, voces y gritos, bocinazos de autobuses y cacharros oxidados.

Atatürk lleva muerto mucho tiempo, nuestra hija acaba de nacer.

Va a ser tan lista como Atatürk, dice Yunus mientras abre con llave la puerta de una casa.

Entramos en un piso enorme, desierto, con los suelos, los techos y las paredes de hormigón. El frío de noviembre se adhiere a las paredes. Con la recién nacida en brazos y Halil cogido de la mano enfilo el largo pasillo, del cual salen, a derecha e izquierda, habitaciones vacías; solo en una hay una alfombra, de color azul, como si un trozo del cielo hubiese caído en la tierra. Yunus deposita delante de mí una bolsa de plástico, con un pollo desplumado, leche, harina, huevos y cebollas, y un saco de carbón.

Voy a estar fuera a menudo y por mucho tiempo.

Se va. La puerta se cierra de un golpe, oigo cómo gira la llave Yunus, tres veces. Quedamos encerrados.

Nubes grises se van deslizando a las salas grises. Los niños están tan quietos como yo. En una de las salas hay un fogón, de la pared sale un caño

con una pila de aluminio debajo. Caliento el fogón, preparo una cama para los niños con ropa, frío el pollo helado sin sartén. Luego llega la noche. Sobre nosotros, voces de hombres; abajo, música estruendosa. Las paredes son tan delgadas como nosotros. No conciliamos el sueño hasta que la música termina y las voces de los hombres enmudecen.

Me despierto porque la llave gira en la cerradura. Yunus ha traído mantas, una olla, un cuchillo grande y cubiertos, pañales para Selin y detergente. Un pollo, patatas, arroz, pimiento, ajo, mantequilla y sal.

Guiso primero el pollo, en la única olla, después el arroz.

Yunus besa a su hija, la coge en brazos y se tumba con ella en la cama, la mano en su pequeña mejilla, los dedos enredados en el pelo de su cabeza. La mece.

Yunus extiende la mano hacia Halil, ¡ven!

Halil tiembla, se aprieta en la pared.

¡Ven!

Halil no se mueve.

¡Ven, Halil!

Halil se acerca a Yunus, los dedos de las manos cerrados en puños, los dedos de los pies enrollados. Paso a paso y como en una cuerda floja se dirige, blanco como una pared, hacia su padre. Chico valiente, Halil valiente. Yunus lo atrae a su lado, al suelo.

Tembloroso, Halil queda enlazado por el brazo de Yunus.

Después de comer, Yunus me lleva al cuarto de baño. Me pone contra la pared, me levanta la falda, tiene que ser deprisa.

Luego, la puerta se cierra de un golpe. La llave gira.

Tres veces.

No sé cuándo vendrá el siguiente pollo.

Esperamos el ruido de la llave en la cerradura.

Lo oigo en sueños. Lo oigo despierta. Durante días la llave gira en apariencia. Nos abre los oídos y nos cierra las cabezas.

Luego llegan. Yunus y el pollo. Como caídos del cielo.

Hay pan de pita fresco, peras y manzanas, pepinos, tomates, pimentón y pimienta en polvo, ayran y yogur y leche fresca.

Yunus come, duerme, me penetra y se va. Volvemos a quedarnos solos.

Mamá, dice Halil, y se refiere a mí.

Y unus ha traído a un hombre, Ali, a su mujer, Sahime, y a sus dos hijos.

Van a vivir aquí.

Deposita bolsas en la habitación, me penetra sin ruido en el baño, la puerta se cierra de un golpe, la llave gira.

Ali también se ha ido. Sahime llora en silencio. Está adornada de cárdeno, lleva un medallón en el cuello. Se sube las solapas de la rebeca, aparto la vista. El cárdeno adorno es propiedad privada.

Al poco, también los ojos de Sahime comienzan a reflejar el hormigón. Nos miramos y nos volvemos pared. Solo despacio nos movemos de sitio en sitio. De la cama al baño, del baño a la cocina, y de vuelta a la cama.

El tiempo no se escurre entre los dedos.

Los niños ya no crecen.

Los hombres se quedan en el pasillo, son siluetas negras, su piel huele a sol.

Encuentran orificios en nosotras, sus paredes, en los que meten sus vergas.

Acarician el pelo de los niños.

Tiran un pollo sobre el fogón.

Cuando Yunus me pega, sé que Sahime nos oye. Cada golpe hace temblar su cárdeno adorno, tintinear su collar y sus pulseras. Remueve la olla en el fogón. Cuando vuelvo a la cocina, le agradezco que aparte la vista. El cárdeno adorno es propiedad privada.

A los pocos días es mi propio cárdeno adorno el que tiembla, oigo los golpes de Ali, remuevo la olla y conozco los brazos cárdenos de Sahime, su cárdeno vientre, su cárdena espalda, sus cárdenas piernas.

Solo a la mañana siguiente, después de que la puerta se haya cerrado de un golpe tras los hombres, me atrevo a reunirme con ella. Se ha subido la manta hasta la barbilla. Tiene los labios sellados.

* * *

Los hombres llevan mucho tiempo fuera. Semanas. Meses, tal vez. Un vecino

abre la puerta, deja alimentos en el pasillo, vuelve a cerrar con llave.

El tiempo sin golpes es el paraíso. Hay sitio para el latido de nuestros corazones.

¡Recoge los bártulos!

Yunus, como caído del cielo, está en el pasillo. ¡Nos vamos!

La araña suelta una carcajada cuando entramos en el patio con el autobús.

Ha crecido en nuestra ausencia, me ha ganado en altura. Yo me he encogido. ¡Ya no podré vivir a su sombra, Yunus!

Cuando Yunus me saca a rastras del vehículo, la araña me mira desvergonzada a la cara que intento ocultar bajo el pañuelo.

¡Vaya pajarraco que me estás metiendo en casa!

Halil, sentado detrás del cristal, no se mueve.

Yunus lo saca a rastras a él también.

La araña pasa los dedos por el pelo de Halil.

Sin hacer ruido, nos enfundamos el pasado y olvidamos el futuro.

Yunus desaparece.

Halil vuelve a llamar mamá a la araña.

Cada vez más a menudo mis rodillas desfallecen, mi organismo se desmorona.

Quedo tirada inmóvil hasta que la araña me levanta a golpes.

Oigo a las vecinas hablar en voz baja. Se inclinan hacia mí y me susurran al oído la canción de su cárdeno adorno.

Es tu destino, tienes que vivir así, aunque él sea un perro.

Tenemos que vivir así, tenemos que sufrir así, no hay remedio.

¡Piensa en los niños!

Por las noches el viento silba la canción de las mujeres cárdenas en la esquina de la casa.

Y la bruja del caserío de al lado sisea desde detrás de la valla: Bebe el agua

con la que le lavas los pies a tu suegra.

Suya es la cama donde duermes, suyo el caserío, suya el agua, suyo el pan que os alimenta a ti y a tu familia.

Yunus ha ido a Austria. No a Alemania. A casa de su tío. Quiere buscar trabajo y que luego nos reunamos en Europa.

El sol sale por el oeste.

Austria es el país del sol naciente. El país de los vaqueros y las deportivas. Hay vaqueros que se estrechan arriba y se ensanchan abajo, en las pantorrillas; hay vaqueros anchos de cintura y con el tiro tan bajo que, al agacharte, se te ve el comienzo de las nalgas; hay vaqueros negros, vaqueros claros, vaqueros de aspecto descolorido aunque son nuevos, se pueden comprar con manchas grandes o pequeñas; existen los que tienen el dobladillo roto de fábrica y los que se compran con rotos en las rodillas. Luego, los bolsillos. Los hay interiores laterales o sobrecosidos en la cadera, pequeños y tan estrechos que no cabe ni un dedo o tan grandes que cabe la mano entera; algunos tienen tapa y botón. En Austria todo el mundo lleva vaqueros. Allí los vaqueros son para todos, cualquiera puede comprarlos, cualquiera llevarlos, tanto hombres como mujeres. Y con los vaqueros van las deportivas: de cuero liso o de ante, con cierre de velero, con cordones, con una tira o dos o tres, en blanco o verde, en amarillo, azul o rosa... Es como si los vaqueros y las deportivas crecieran en los campos, exuberantes como la mala hierba.

Austria es como Alemania. Es cierto que es más pequeña, pero tiene los mismos vaqueros con los mismos bolsillos superpuestos y los mismos botones, tiene las mismas deportivas y, sobre estas, las mismas tiras rojas o incluso más. Austria y Alemania son como la vida en televisión, sin pobreza ni

enfermedades, y los supermercados están repletos hasta el techo de exquisiteces del mundo entero. Austria es como Alemania, y Alemania es como América. Y allí sale el sol.

Yunus no encuentra trabajo.

Escribe que la única manera de llevarnos a mí y a los niños a Austria es casándose con una austriaca.

La araña me enseña la carta. La letra de Yunus sigue siendo tan bonita como en el marco de papel con forma de corazón. Leo y asiento.

Los pantalones vaqueros y las zapatillas deportivas se estrenarán en la vida de Yunus vistiendo las piernas de otra mujer.

El tiempo se está consumiendo. Cada día debe parir un día nuevo. Cada noche, una noche nueva. Y cada hora, una hora tras otra. Segundos al ritmo de segundos. El tiempo se ha cansado. Cada vez más a menudo se sienta en el patio, junto a la fría pared, quieto y sin existir. Y yo ordeño las vacas para siempre, y el camino al pozo es inacabable.

Pero Yunus no se casa.

¡Hambre, mamá!

Restriego las manchas del suelo de la cocina, las manchas, las manchas.

¡Hambre, mamá!

Subo la mirada por el cuerpo de Halil, tiene los ojos dilatados, por detrás están los ojos hambrientos de Selin.

Me levanto, me dirijo a la despensa dando pasos pequeños. Robo queso y pan. Me atrevo a calentar leche. Alimento a los niños con los clamores de la araña, les meto la humillación a cucharadas por la boca, ellos corren de vuelta al patio mucho antes de quedar saciados.

Me arrodillo en el suelo de la cocina, hundo el cepillo en el cubo. Dejo de respirar, mi cuerpo se desploma, pesado, sobre las baldosas.

En mi desmayo corro por la carretera y los pastos, alcanzo los árboles, me escondo en la espesura, como un animal.

Respiro. Uno. Dos.

Mi angustia resuena en el follaje. Crece, en forma de hierba, bajo mis pies. Me golpea, en forma de rama, la cara. No tengo más que mis velos y, por debajo, los huesos, pelo reseco y labios pálidos y mordidos, ojos flacos, todo oculto en la negrura. La angustia de desaparecer dentro de mí misma crece en mi cabeza, quiero seguir, quiero huir, pero mis pies están mudos. Entonces la angustia florece plateada, y mi destino de desaparecer dentro de mí misma se convierte en salvación.

¿Por qué no?

Estoy tumbada en una cama blanca y recupero el latido del corazón y mis

pensamientos.

Tengo los ovarios muy inflamados.

Yunus está sentado junto a mi cama.

He visto a muchos maridos, me dice la enfermera al oído en voz baja, pero ninguno se ha ocupado de su mujer con tanto cariño como lo hace su esposo.

Su ojo redondo de colegiala me hace un guiño.

¡Ha venido en avión desde Austria por usted!

Yunus me trae flores que no huelen y bombones que no tienen sabor. Nada de lo que me pone en las manos, en la lengua o en la mirada tiene sabor, olor o voz.

¡Qué bien huelen!, dice la enfermera, y coloca las flores en el jarrón.

Yunus se queda junto a mi cama.

Por la noche los ovarios se me salen por la boca.

Vomito cada trago de agua.

Yunus se ha inclinado sobre mí como sobre el motor de su autobús.

Te necesito, dice, te quiero. Cuando estés bien nos marcharemos.

Estoy en el umbral de la casa, junto a mi marido y con las maletas hechas, nuestras caras se dirigen a la lejanía. Ni abrazo ni palabra de despedida para la araña.

Yunus y yo estamos de acuerdo.

Veinticuatro horas de autobús, con los niños en el regazo, nos alejan del lugar.

Estambul es un bungalow. De hormigón, como el piso de Elazig, pero pequeño y de una sola planta.

Estambul queda a orillas del mar. No podemos verlo, pero como el hormigón todavía está fresco y húmedo vivimos con las mareas. Por la noche el agua sale del suelo y forma charcos. Por la mañana refleja la grisura y, aquí y allá, alguna de nuestras cosas: una lata de sardinas vacía, una bolsa de plástico. Los niños zaquean como cigüeñas por el bungalow, pescan la bolsa de plástico y juegan con ella. Yo seco el suelo con un trapo, descuelgo la alfombra del gancho que hay en el techo y la extiendo otra vez. Pongo a hervir patatas y lavo la ropa.

Yunus se ausenta a menudo y por mucho tiempo, mi cárdeno adorno se va aclarando. Al anochecer cuelgo la alfombra en el gancho y nos acostamos.

Tengo a los niños en brazos, el colchón sigue húmedo. Al despertarme por la noche, veo cómo el agua vuelve a salir del suelo.

Seguimos viviendo sin golpes.

En la montaña de basura detrás de la casa brotan flores color de rosa.

Yunus lleva mucho tiempo fuera. Nuestros hombros se relajan. Libres de golpes, nos esponjamos.

Mis pensamientos se aventuran más allá del segundo patio. Estoy en la calle, frente a la casa, el viento me sopla el mar en la cara. La piel se me pone salada, el pecho se me abre. Respiro hondo y, por un instante, dejo que el pañuelo se me deslice hacia la nuca.

Zarife, la vecina, me sonrío, suelta su pañuelo, imitándome. Es natural de *Tekbaş*, como yo. Ha corrido por los prados de mi infancia, conoce el sabor de las peras medio maduras que a principios de otoño cuelgan al viento, ha crecido con ellas y las añora, como yo.

¡Zarife!

¡Voy!

Se ata afanosamente el pañuelo y desaparece entrando en la casa.

* * *

Yunus envía dinero para la manutención.

Monedas duras y redondas que yo podría convertir en carne. Pero me las quito de la boca para crear un hogar. Preparo patatas y arroz en vez de carne, y compro una mesa. Les doy a los niños agua en vez de leche, y coso cojines y manteles. Sustituyo la miel y las especias por cortinas que cuelgo en las

ventanas. Compro por fin una sartén, vasos, vajilla. En el bazar encuentro una marioneta de madera, colgada de hilos invisibles, y por primera vez los niños reciben un juguete.

* * *

Yunus viene.

Yunus me penetra. Yunus me hace un hijo.
Bebek!

Y unus pone dinero sobre la mesa. Monedas, billetes.

Nunca he visto tanto dinero.

¿Qué quieres que haga con el dinero?, pregunta. ¿Hacerte abortar o comprarte una nevera?

Hacerme abortar, digo, ¡te lo ruego!

La nevera nueva reluce blanca y zumba, una lucecilla azul parpadea hasta por la noche.

Pienso en el niño dentro de mí, que no para de crecer.

El vapor de la cebolla hervida provoca el aborto de los niños nonatos, dice Zarife, hay que separar las piernas y ponerse sobre la olla humeante.

Compro tres kilos de cebolla fresca, separo las piernas, siento las lágrimas cebolleras corriéndome por las mejillas. El niño no se va.

Tomando muchas pastillas, no importa cuáles, los niños nonatos se abortan solos, dice la mujer del bazar.

Tomo pastillas contra la gripe, contra la fiebre, contra el dolor de cabeza y el dolor de articulaciones; contra la bronquitis y el dolor de barriga, contra el dolor de garganta; tomo cinco de cada. Nada sucede.

El niño no se va.

Seguramente vendrá en otoño.

Una mañana el cielo descarga golpes, insospechados y gélidos, como nieve en agosto.

Tirada en el suelo, espero un movimiento del niño nonato.

Flota en el líquido amniótico, en el rumor, sin latido cardíaco. Yunus me muele a palos. Los brazos, el pecho, el vientre, a la criatura nonata.

Estoy entre vitrinas llenas de oro. Aros, anillos, pendientes, collares. La luna del escaparate luce letras de color rosa: ¡Liquidación!

Yunus señala un collar con un corazón dorado. El joyero abre la vitrina, desprende el collar del maniquí y se lo tiende a Yunus. Yunus me lo pone a mí y sonrío; el joyero asiente.

Joyas. Doradas y cárdenas.

Amanece. El niño presiona contra el pubis. Me levanto y cuezo pan.

Yunus mastica monótonamente, después del último mordisco coge su chaqueta.

No te vayas, Yunus, ¡te lo ruego!

Yunus acecha.

¡Va a venir el niño!, prometo con voz cascada.

Yunus enciende un cigarrillo, da una calada profunda, da un silbido a su voluntad para que vuelva cual chucho de la calle.

Se sienta de nuevo a la mesa, con la mirada fija en mi cara, en mi vientre.

Selin y Halil han dejado de masticar el pan en su boca.

El tictac del despertador lo domina todo. Al final del tiempo habrá criatura o cárdeno adorno.

El nonato se mantiene inmóvil en el estrépito del tictac.

A la mañana siguiente me despierto con el cárdeno adorno renovado.

El líquido amniótico corre entre mis piernas, esta vez no me atrevo a pedir ayuda.

Cuezo pan y preparo café y le alcanzo a Yunus la chaqueta. Se va.

Los dolores me obligan a arrodillarme, luego a ponerme a cuatro patas, como una vaca. Halil mira fijamente mi entrepierna, Selin está sentada frente a mí, ¡mamá!

Vienen las vecinas, chillan y me aprietan y me arrastran. Bramo como una vaca.

El niño se ha encallado.

En el taxi rumbo a la clínica me muerdo los labios hasta sangrar, solo sangre goteando, atrapada en el retrovisor, ni una palabra delante del hombre al volante.

La ventosa saca a la luz lo que se niega a nacer.

Es una niña, Seda, arrugada y fea, adornada de cárdeno desde el principio.

No tengo leche en el pecho para la recién nacida.

¿Una foto de la nueva dicha?

Escondo a la niña bajo la manta ante el fotógrafo de la clínica.

A la mañana siguiente Yunus nos lleva de vuelta al bungalow.

Allí esperan Zarife con Selin y Halil y un ramo de flores con pétalos de color rosa en la mano. Estoy cansada. Abrazo a Zarife y a los niños y me acuesto con la recién nacida en el húmedo colchón.

Al despertar, me encuentro con los primos de Yunus sentados alrededor de la mesa. Sus manos están en los hombros de Halil. Se lo llevan al pueblo. En primavera le harán la circuncisión.

Preparo la bolsa de Halil. Está pálido.

Le pongo la chaqueta. Sigue a los hombres sin decir nada. Seda ha venido, Halil se va. No quiero otro niño. Quiero a Halil.

¡Halil!

¡Filiz! ¡Filiz! Gritos frente a la casa. Gritos de niños.

¡Es Selin la que grita!

Se abre la puerta y aparece Zarife, con Selin en brazos.

¡Solo estábamos jugando!, la hija de Zarife llora. ¡Estábamos jugando!

Al jugar, Selin se cayó del muro.

¡No se aguanta de pie!

La bajo al suelo, se derrumba como un castillo de naipes. La levanto y vuelvo a ponerla cuidadosamente de pie.

¡No se aguanta!

Yunus me matará.

Selin se ha roto la cadera.

Mi niña está herida.

Yace, menuda, sobre una gran cama rodante de hospital, la puerta de vidrio se cierra a su paso, los médicos son sombras blancas.

Yunus me matará.

Aquí tiene la factura, señora *Şahin*.

Yunus me matará.

Horas después mi enfermera me entrega a mi niña, enyesada desde el pecho hasta los dedos de los pies.

Vuelva dentro de seis semanas.

Selin está rígida como el yeso. Muda como el yeso. Pesada como una piedra.

Apenas si puedo cargar con ella.

Estoy sentada en el autobús, con mi niña enyesada en brazos.

Yunus me matará.

Yunus me adorna de cárdeno, un corsé cárdeno, medias cárdenas, un aro en el cuello. Anillos cárdenos en los dedos. Me imprime una diadema en la frente.

Por fuera está el yeso y por dentro, la niña. Grita toda la noche.

* * *

Al cabo de cuatro semanas Yunus coge un cuchillo y libera a la niña del

yeso. Selin va asomando lentamente, blanca y frágil como una escultura. La pongo de pie, se me acerca temblorosa.

Y unus nos manda de vuelta al pueblo.

El calor en el autobús es insoportable, tanto como el hedor. Hombres borrachos delante y detrás de mí; a mi lado, una mujer con un pollo en el regazo. Estoy encajonada, una criatura insomne en cada brazo. La ventanilla golpetea. No arriesgo una sola mirada a las caras de los hombres. Mi cabeza y mis ojos permanecen agachados durante doce horas. Los brazos, aferrados a las niñas.

En el área de descanso todos pugnan por salir, soy la única que se queda a bordo, con las niñas en brazos y haciéndonos las muertas.

Los borrachos vuelven más borrachos, el pollo se sienta a mi lado, continuamos el viaje, hacia la araña.

De repente: ¡Próxima parada!

Agarro a las niñas, me levanto como un resorte y saco la maleta al polvo.

El autobús desaparece, el polvo desciende, estamos solas.

Me siento en el suelo, junto a la maleta, con las niñas todavía dormidas en mis brazos. Luego cae la noche.

No es hasta el alba que un coche de línea sale para *Bağlar*. Despierto a Seda y a Selin, y con las niñas adormiladas subo al vehículo que nos llevará a la casa de la araña.

Con la araña vive Halil. Mi Halil. Por fin volveré a ver a Halil.

Halil, de aspecto tímido, está acurrucado en la red de la araña. Ha crecido. Voy corriendo a su encuentro, cierra los puños en los bolsillos del pantalón. Pasan días hasta que al fin se deja abrazar. Lloro.

En primavera, Yunus por fin nos manda los documentos que necesitamos para entrar en Austria.

¡Pecadora! ¡Pecadora!

El asalto de la araña me coge desprevenida. ¿Con que quieres vivir en Austria? ¡Con los infieles! ¡Todo lo que comas allí será pecado! La carne en Austria es pecado. Las zanahorias. Los calabacines. Los tomates. Cada cucharada de yogur, una cucharada de pecado. Cada trago de leche, un trago de pecado. Cada bocado de pan, un bocado de pecado. ¡Todo lo que crece entre los infieles es pecado, toda planta, toda carne! ¡Pecado que te meterás en el cuerpo!

He observado cómo mis hermanos se ponen los pantalones, lo he observado muy bien, sabré hacerlo cuando tenga vaqueros en las manos.

Yunus ha encontrado trabajo en Austria. Trabajo y casa.

Tres pasaportes, cuatro billetes de avión, cuatro visados. Una y otra vez lo compruebo todo, busco las fotos en los pasaportes. Mientras nuestras fotos estén en los pasaportes, existimos. Seda está consignada en mi pasaporte. Seda no tiene foto propia, solo tiene su nombre. Lo leo y lo vuelvo a leer, Seda *Şahin*, Seda *Şahin*, está en regla, al fin y al cabo no se puede desleír, no se puede borrar, sigue ahí, sigue en la hoja, en letras claras, muy claras: Seda *Şahin*, Seda *Şahin*.

El primo de Yunus nos lleva al aeropuerto. A Seda, Selin, Halil y a mí, dos maletas, dos bolsas, pulso trepidante y aliento contenido.

Con cuatro tarjetas de embarque, rojiblancas y de escritura dorada, tres pasaportes y cuatro visados sostenidos firmemente en la mano, llegamos a la sala de espera.

Tenéis que pasar por allí e ir a B 62.

No sé lo que es B 62.

¡Pasaportes!

Tiendo los nuestros por una ventanilla acristalada, el funcionario de aduanas hojea nuestros papeles.

¿Tuvo a su primer hijo fuera del matrimonio? ¡No!

Lo tuvo con trece años. Con trece uno todavía no puede casarse.

Estoy confusa.

Acompáñeme.

Con Seda subida en el brazo y Selin y Halil cogidos de la mano, lo sigo hasta una oficina, cruzando una serie de puertas batientes. La policía.

Estoy sentada en una silla de plástico de color naranja, con las dos niñas en el regazo y Halil pegado a mi cuerpo. Tenemos tres pasaportes y cuatro visados, tenemos fotos y el nombre de Seda en letra impresa. Pero en mi pasaporte faltan, por lo menos, dos años, en el de Halil uno, en el de Selin varios meses, en el de Seda algunos días. Somos contrabandistas de números falsos. Por no tener números que nos correspondan. No es culpa mía, solo el padre está autorizado a registrar a sus hijos. El jefe de policía va hojeando.

¿De dónde eres?

Tekbaş, contesto en voz baja.

Como mi mujer, el jefe de policía sonrío.

Los pañuelos calados en la frente, los tres niños en brazos o asidos de la mano, subo la escalera del avión, hacia la nueva libertad.

El avión nos eleva, y Turquía, bajo nosotros, se hace pequeña. Por fin volamos al cielo.

Las puertas del avión se abren, pisamos la tierra de los vaqueros y las deportivas, la tierra del pecado.

Montados en escaleras metálicas, fuimos de una planta a otra. Nuestras maletas llegan fluyendo como nosotros. Somos escupidos a un ruedo de mármol.

Yunus, con los brazos abiertos, está recostado en una baranda plateada.

Las carreteras en el cielo son resbaladizas. Miro por la ventanilla empañada del coche y veo a mujeres en vaqueros, con grandes escotes, con manos y brazos libres. Veo cabellos mecidos al viento.

Cuatro metros por cinco de esperanza. Hay cortinas que cuelgan de una barra plateada. Son de cuadros azules y amarillos. Hay una cama grande, en la que dormiremos Yunus, Seda y yo, y una pequeña, para Selin y Halil. Hay dos mesillas con dos lámparas de pantallita ocre. Hay una mesa, encima un hule con conchas azules, y dos sillas.

Yunus se va por la mañana y vuelve por la noche. Trabaja. Cuatro días. Luego se marcha tres.

Durante treinta días y noches solo abandonamos la sala para ir al baño, que compartimos con desconocidos a los que no vemos.

Nos entretenemos; jugamos con cinco abalorios que les regalaron a los niños en el avión.

Frente a la ventana hay un árbol en flor. Es un manzano.

Tocan a la puerta. Palabras extrañas penetran por el agujero de la cerradura, no me atrevo a abrir.

Los toques se repiten. Cada día, siempre a la misma hora, siempre las mismas palabras. La voz extraña suena cálida. Es vieja y pertenece a una mujer. Me atrevo a abrir, algo traspasa el resquicio de la puerta, es chocolate, envuelto en papel plateado, huele a pasas y nueces, cierro. Cada día un brote de algo se nos cuela por el resquicio. Chocolate con nueces, manzanas y chicles.

A los treinta días agarro a los niños de la mano y abandonamos por primera vez los cuatro metros por cinco de esperanza. Nos escabullimos escaleras abajo, agachados como perros, con el rabo entre las piernas. Paso a paso nos internamos en el coto extraño.

Parados tímidamente en un trozo de césped delante de la casa, tratamos de sonreír al mundo extraño. Estamos quietos. Solo por un instante una de las criaturas salta sobre la hierba para volver enseguida.

Cuando Yunus llega, hace tiempo que estamos sentados en la habitación.

Ante nuestra puerta se agita el oleaje de la lengua alemana.

Cuando nos aventuramos fuera de los cuatro metros por cinco de esperanza, flotamos en su superficie, haciendo el muerto.

No sabemos lo que hay debajo de nosotros, flotamos entre el idioma desconocido y el cielo.

Entonces tiro palabras turcas a los pies de los niños, piedras pasaderas, les construyo caminos con frases turcas, enhebrando una frase turca con otra, una palabra turca con la siguiente.

Dikkat. Sevgilim. Bağırma.

Los niños saltan de pasadera en pasadera.

Cuando volvemos a nuestra habitación, nos resuenan en el oído palabras alemanas, se nos enganchan al pelo, y cada vez más a menudo uno de nosotros tiene una palabra alemana en la punta de la lengua.

Eso a los otros les da miedo.

Nos apiñamos como ovejas alrededor del manzano en flor. Detrás de la empalizada hay una anciana; nos hace señas. Sostiene un pequeño libro amarillo en la mano, lo hojea y termina lanzando una pregunta en turco por encima de la valla.

Ismín ne?

Me tiende el libro amarillo por entre las estacas, seguido de su mano y, pieza por pieza, de la lengua alemana.

Yo soy. Tú eres. Yo voy. Tú vienes. Yo me llamo Filiz. Tengo tres hijos.

Succiono las palabras, comprendo rápido, a partir de ahora recibo cada día mi pequeña ración.

Cuando Yunus está fuera, damos un paseo con Johanna y su nieta. Johanna tiene una mochila llena de palabras alemanas, todas limpiamente guardadas en papel de envolver pan, también palabras para los niños. Picnic a la sombra. Las aguas del Danubio pasan verdes. Con migajas de palabras los niños atraen a los patos que graznan; intentan tocarlos, son demasiado huidizos.

Halil y Selin cogen a la nieta de Johanna de las manos y la levantan en volandas, juegan a su juego favorito, ¡vuela, angelito, vuela! Cuando volvemos a la habitación, tenemos los ojos arrasados de sol y las mejillas arreboladas.

Una noche Yunus me tiende una llave como si fuese un tesoro. Se la ha dado la dueña del restaurante, la propietaria del inmueble. Me permite limpiar el comedor y la cocina de la planta baja.

Después de la hora del cierre, bien pasada la medianoche, entro en el comedor.

El abandono es blanco neón.

Las manos que manejaron los cuchillos sucios han desaparecido, igual que los labios que arrastraron la carne de los tenedores pringosos, que las bocas que engulleron la comida de los platos, donde ya solo quedan restos de salsa y manchas de ketchup, que los cuerpos cuyo calor se mantiene sobre las sillas. Las últimas voces se han llevado los abrigos del perchero. Las puertas se han cerrado. Estoy sola.

Me arremango. Recojo las servilletas de papel sucias que se quedaron tiradas sobre y bajo los bancos, y despejo la mesa de los vasos medio llenos. Una y otra vez van a parar a mis manos monedas, todas manoseadas; las recojo y las dejo en un cenicero recién lavado que coloco en la barra.

A las dos de la madrugada entro en la cocina. Restregando con estropajo de alambre elimino la grasa enquistada de los azulejos. Desde la cámara frigorífica, detrás de su pesada puerta plateada, corre frío; friego el suelo, limpio el fogón, la freidora, la parrilla y el horno. El abandono queda lustroso cuando subo las escaleras para volver arriba.

Duermo dos horas, luego me levanto para prepararles el desayuno a Yunus y los niños.

A medianoche vuelvo a salir furtivamente de nuestro piso para bajar al abandono blanco neón. En la barra hay un sobre, con mi nombre escrito encima. Limpio toda la noche.

A la mañana siguiente pongo el sobre sin abrir en el plato de Yunus. Lo abre, masticando, y cuenta el dinero.

Te quiere, te ha dado más de lo acordado, está bien.

Hace un guiño de aprobación y guarda el dinero en su billetera.

Ahora vivo en Austria. En Austria la carne es carne y el pollo, pollo. En Austria no tengo que esperar a que un pollo caiga del cielo. Lo cojo directamente de la estantería frigorífica del supermercado. Suntuosamente envueltas, las aves se presentan en suntuosos lineales de suntuosos almacenes. Con un carrito de la compra me deslizo sobre el suelo pulido. Zumos de melocotón, zanahoria, naranja, cereza, pomelo. Quesos y embutidos. Baldas llenas de pan blanco, redondo, cuadrangular, en forma de hogaza o cortado, para hornearlo uno mismo o acabar de tostarlo; café en grano o molido, de África, Brasil, Indonesia; flan con sabor a fresa, mango, melocotón; nata baja en grasa, entera o semidesnatada; mantequilla dulce o salada, de Irlanda, Francia o Austria; leche entera, desnatada, semidesnatada; leche de soja, de pastoreo, para niños... Quiero llevármelo todo. Quiero dárselo todo a mis niños. Todo de todo. Eso es Austria. Eso es Europa. Agarro a Austria con las dos manos y la amontoño en mi carro: Austria al por mayor.

Mientras Yunus espera en su flamante coche a la puerta del supermercado, hago rodar el carro de la compra y descargo Austria en el maletero.

Yunus busca pelea. Registra mis bolsillos, mi ropa, revuelve la ropa de los niños, la cómoda, rebusca bajo la alfombra, en cada bolsa, en los copos de avena, en la nevera, en el tarro de la mermelada, obsesionado con encontrar la piedra del escándalo; destroza el piso y por último me agarra la cabeza y hurga en mis pensamientos.

¡Hablas mal de mí! ¿A quién? ¿A la mujer austríaca?

Mira bajo mi lengua.

Me tira sobre la espalda y me separa las piernas.

¿Deseas a otro hombre?

Hurga con ambas manos en mi agujero, examina mi deseo, busca a otro hombre. Cuando no encuentra motivo, se desabrocha el pantalón y me penetra.

Llaman, es la dueña del restaurante, grita, da una patada a la puerta, ángel salvador.

Yunus se precipita hacia la entrada, la abre de un tirón, la dueña del restaurante brama:

¡Basta! ¡Váyanse de la casa!

Yunus la coge por los hombros, la zarandea, quiere golpearla pero se contiene, cierra la puerta de una patada y me pega a mí.

Cuando vuelvo a estar consciente, nos queda una semana para dejar el piso.

Con las maletas hechas y los niños cogidos de la mano, me asomo a la cerca

de Johanna, la única de quien no me llueven palizas.

La nueva vivienda había sido vaquería. El suelo y las paredes están húmedos, el agua se cuela por los muros cuarteados, hace pocas semanas que el Danubio anegó esta habitación. Con las inundaciones llegaron las moscas, la grava del río en la repisa de la ventana, las algas pegadas a la jamba de la puerta. Las paredes están pringosas, el hedor casi no se soporta, debe de tratarse de un error. ¡Austria! ¡Europa!

Pero delante de la húmeda covacha hay un prado con árboles frutales, y más allá comienzan las vegas del Danubio. La naturaleza es un paraíso. Aquí puedo salir al aire libre con los niños. Aquí Yunus puede pegarme sin que a la gente le moleste. Aquí no nos oye nadie. Dos mil quinientos chelines al mes. El precio merece la pena.

Parto leña, apilo y acarreo los trozos. Caliento durante semanas las tres estufas para que el piso se vaya secando antes de la llegada del invierno. Pinto y repinto las paredes que se desconchan. Vivimos pared con pared con las vacas, oímos el chirrido de sus cadenas y sus coces contra los pesebres. Le compro leche a la campesina, que es la dueña del piso. Hago mantequilla, yogur y queso a nuestra manera, Yunus quiere el sabor de Turquía. A las cuatro de la mañana preparo nata para el desayuno, horneo pan de pita y guiso la comida que Yunus se lleva al trabajo. Tenemos camas los cinco, mesa con sillas y sofá del rastrillo, florero, mantel rojo bordado y paredes recién pintadas. Incluso tenemos televisión. Frente a la puerta se extiende la naturaleza, verdes saturados y árboles frutales con ramas vencidas. Llevan mucha carga. Manzanas, peras, ciruelas y membrillos, dispersos en la hierba y

con avispas revoloteando alrededor. A veces camino descalza y me tumbo junto a las ciruelas reventadas. Luciendo mi cárdeno adorno, yazgo entre frutos cárdenos.

La campesina me acompaña con Halil a la escuela y, más tarde, con Selin a la guardería. Los maestros me hablan y sonríen, no entiendo nada, cabeceo asintiendo; ellos abrazan a mis niños por el hombro y se los llevan.

Ahora estoy sola con Seda por las mañanas.

De la escuela y la guardería Halil y Selin traen facturas a casa, por la excursión y la leche escolar. Al poco tienen el aspecto cárdeno y reventado de las ciruelas en la hierba.

Durante días no van a la escuela ni a la guardería.

La campesina me cede un trozo del huerto. Preparo un bancal de verduras. Aquí voy a cultivar lo que necesitamos para vivir.

La campesina se alegra del huerto cuidado y de la alfombra lavada que pende frente a la casa para secarse. Entra en el establo para echar un vistazo a las vacas y a nosotros. Por la mañana y por la noche.

En una ocasión me deja, colgada de la puerta, una chaqueta gruesa para Halil. En otra me encuentro un cántaro de leche en el umbral. Yo le cuelgo baklava en la cerca.

El campesino se lleva a Halil en el tractor. Juntos limpian el estiércol del establo y controlan los estanques con los peces. Cuando vuelve, los ojos de Halil rezuman prado. Camina derecho y tiene la frente despejada.

Llama abuelo al campesino.

De la escuela y la guardería Halil y Selin traen agitación a casa, ¿qué viene San Nicolás, que viene San Nicolás!

No conozco a San Nicolás y observo a los niños sumidos en su agitación como el que no sabe nadar observa a los nadadores que retozan en el lago. La campesina me pregunta si San Nicolás puede visitarnos. Los niños están agitados y alegres. Yo me mantengo envuelta en mis velos, sin meter un dedo del pie en el agua.

Estoy calentando la estufa cuando llaman a la puerta. Yunus abre. Entra una mujer con barba postiza, blanca y larga, su boca es invisible, lleva un

gorro de papel alto y rígido. Su manto rojo llega al suelo. Algodón en las cejas. Hebras sobre su mirada.

Está velada, como yo.

Carga con un gran saco de lino y pregunta a los niños si han sido buenos. Halil y Selin recitan un poema con aliento afanoso. Rimas cristalinas que no conozco ni comprendo. Los niños reciben regalos, chocolate, manzanas, nueces y mandarinas. Selin recibe guantes, Seda calcetines y Halil un estuche escolar. Selin y Halil, con voz baja y tímida, cantan una canción.

Mañana, niños, es el día, mañana será, de alegría.

Estoy inmóvil. Admirada y atónita. No sé por qué mañana será de alegría. Mis niños se descuelgan de mí, son nadadores de gran fortaleza.

La agitación aún va a más. Los niños dicen que es Adviento.

Cada día abren una de las veinticuatro puertecillas que hay en un trozo de cartón estampado con dibujos multicolores, un *Adventkalender*, dicen los niños, regalo que Selin ha recibido de una chica de la escuela. Cuando abren la última puerta, se asoman a la ventana y esperan, esperan el día entero, no sé qué esperan, al Niño Jesús, dicen, que yo no conozco y que, al parecer, viene del cielo. Ni por un instante se despegan de la ventana, quiero disipar, prudentemente, sus esperanzas para ahorrarles la decepción, ven, Selin, ven, Halil, pero no se dejan privar de su fe, se quedan junto a la ventana, ¡vendrá el Niño Jesús!

Llaman a la puerta, y antes de que yo pueda abrir, la campesina y su hija entran con un abeto adornado de rojo y oro, lo colocan en medio de la sala, encienden velas sujetas a las ramas y bengalas colgadas de las mismas, las chispas caen sobre regalos extendidos al pie del árbol, los niños empujan para entrar y se detienen, sus ojos reflejan el árbol de Navidad, su ser entero es luz y regalo, es el Niño Jesús.

Gracias a Alá. Tres niños cristianos.

La campesina y su hija cantan una canción, noche de paz, noche de amor, todo duerme en derredor, entre los astros que esparcen su luz, Selin y Halil, con voz baja y clara, se unen a la canción.

Estoy hundida hasta las rodillas en las aguas extrañas, que son aguas

cálidas. Avanzo, admirada, hasta que me llegan al pecho.

Selin recibe una muñeca Barbie y la sostiene en brazos durante toda la velada. Halil, tumbado en el suelo, hojea un libro sobre dinosaurios. Solo Seda deja su xilófono abandonado en el rincón.

Comemos börek y baklava. Reímos. Sin disimulo y repetidas veces.

Los niños. Yunus. Y yo.

Luego la campesina y su hija se van a casa.

La oscuridad está llena de nieve y niebla. Adiós, abuela.

Yunus está en silencio.

En la cama le agradezco esta Nochebuena a Alá.

A Alá y a la abuela.

Hablo por teléfono con mi madre.

Filiz, dice en voz baja, Filiz.

Lleva semanas sin bajar al pueblo o a la carretera. Después de caer la noche no sale de casa, no va al váter en el patio. Mi padre corre el cerrojo de la puerta, luego se ovilla, orinal en mano, bajo la mesa con mi madre. No se atreven a ir a la cama, es el lugar al que primero disparan.

El PKK se echa sobre el pueblo con banderas desplegadas.

En el círculo está la estrella, en la estrella el fuego, dice mi madre en voz baja.

Mamá, susurro yo, mamá.

La guerra corta la conexión.

Los trajes de Yunus son de seda, de seda brillante, y hacen juego con su reluciente coche plateado tapizado de piel, con su billetera de piel, su recio reloj y su collar de oro. Cuando está a mi lado, fragante, con rizos morenos y engominados y las gafas de sol negras en la cara, yo no soy nada. Tengo los pies metidos en sandalias de plástico pardo y calcetines de ganchillo hechos por mí misma, llevo la vieja falda y la blusa con las flores desvaídas. Las uñas de Yunus han pasado por la manicura y ahora lleva un grueso anillo. Yo he olvidado mi pelo, que dejó de rizarse hace tiempo bajo mi pañuelo. Es curioso que Yunus todavía me penetre. A la verga de un hombre con gafas de sol negras, ¿qué se le ha perdido bajo mi vieja falda?

Los dedos de uñas pulidas con el grueso anillo acarician el pelo de Seda y Selin. Son niñas bonitas, incluso con esa ropa ya raída en algunas partes.

Desde el umbral de la puerta vemos cómo se aleja el automóvil plateado.

Gana veinticinco mil chelines al mes, susurra la abuela a mi lado, junto al fogón, sin contar el subsidio por los tres hijos. Yunus se dedica a la compraventa de inmuebles, compra una casa en Estambul, un piso en Antalya, luego los vende.

¿Dónde está el dinero?

No lo sé, digo, amasando el pan.

Yunus es nuestro hombre del tiempo.

Hace helar los brotes nuevos de la rama, saca a ráfagas de granizo la primavera de nuestros huesos y cabezas.

La abuela llora, le suplico que se calme.

Echa un vistazo a las vacas cada vez que Yunus viene del trabajo.

¿Cómo está el tiempo?, pregunta la abuela. Nublado, contesto yo.

¿Habrá tormenta?

No contesto, no quiero saber que la abuela está en el establo, pared contra pared conmigo, cuando Yunus me pega o me penetra.

Ya no puedo hacer la compra sola. Yunus me acompaña al supermercado. Me tiene puesto el ojo encima, incluso a través de las estanterías del aceite y el vinagre. Mantengo la vista gacha, fija en las ruedas del carro de la compra, en las juntas de las baldosas, solo echo miradas al arroz, los fideos y las bolitas de masa frita.

Al final de los pasillos oigo un número y deposito el dinero en la concha de plástico. Veo una mano de hombre retirar el dinero de la concha y amarro mi mirada a esa concha como si atara un perro a una estaca. Espero obediente la mano de hombre que deposita el cambio en la concha. Recojo el cambio y vuelvo a bajar la mirada.

Las juntas, las juntas, las juntas hasta los zapatos de Yunus. Me quita el dinero de la mano y lo controla céntimo a céntimo.

Cuando le pago a la abuela los dos mil quinientos chelines del alquiler, a veces me devuelve quinientos. Para mí y los niños.

Me compra telas e hilo, y yo bordo manteles estampados que ella vende por mí.

Si Yunus se da cuenta, coge el dinero.

Me vuelvo más lista y practico la mentira, miento cada vez mejor, miento en el espejo, miento a los niños para ejercitarme, miento sin que se me acelere el pulso, sin ponerme colorada, con mirada franca y párpados que no tiemblan.

Tengo billetes entre las bayetas. Y monedas, oro y plata.

Con el dinero pago las facturas de la escuela y la guardería, compro calma y paz, rescato a los niños de los golpes y, si me sobra, también a mí.

Calculo exactamente. Siempre retengo algunas monedas. Mejor unos cuantos golpes para Selin y tener, a cambio, reservas para la catástrofe.

En la cabeza llevo la contabilidad de las entradas y las salidas, la paz comprada, los golpes frustrados y los ejecutados.

Cuántos golpes para mí equivalen a un golpe para los niños, cuántos golpes equivalen a cuántas penetraciones, cuánto cuesta la prevención de un golpe y cuánto la prevención de una penetración.

Calculo con unidad de medida propia. La unidad más pequeña es el golpe. Los golpes en la espalda y la cadera, en los brazos y las piernas cuentan un punto, respectivamente; los golpes en el vientre y los dedos, dos puntos; los golpes en la cabeza y la cara, cuatro; si se producen con la madera, duplico los puntos; con el metal, los multiplico por cuatro; una violación cuenta ocho puntos.

Listas de entradas, de salidas, de entregas.

Halil rompe el despertador mientras juega. ¿Cuántos golpes para quién? ¿Quince golpes para Halil o solo diez? ¿Treinta golpes para mí, o diez o quince penetraciones? No estoy segura en cuanto al número de golpes, las penetraciones son seguras. ¿Cuánto cuesta un despertador, cuántas reservas me quedan? El tiempo apremia, saco el dinero de entre las bayetas y corro hasta la casa de la abuela, que sale enseguida y compra un despertador.

El nuevo despertador hace tictac.

Cuando Yunus llega, no nota nada.

Esta noche se mantiene la calma.

Por las tardes me zambullo en las telenovelas. Klaus será mi marido, y Adrián y Bianca mis hijos. Mi empresa va mal, está al borde de la quiebra. Fue un error hacer participar a mi hermano en la empresa, sospecho de una intriga de mi cuñada.

Quién sabe lo que hace una mujer con el profesor de conducir a bordo.

Cada noche el carné de conducir es el tema de Yunus, los cerdos cabrones de los hombres, las putas mujeres que conducen. Cada noche su voz se va afilando, y cuando ha alcanzado el filo de una navaja me matricula en un curso de autoescuela.

Estoy sentada en el aula aprendiendo las reglas de prioridad de paso. Yunus está sentado en el pasillo esperando. No levanto los ojos del libro turco, no miro a la cara del profesor turco.

La espera obligatoria. Ante un cruce regulado por la señal *Stop* o *Ceda el paso* debe darse prioridad a los demás usuarios de la vía, ya procedan de la izquierda o de la derecha. En *Stop* la detención del vehículo es obligatoria. La señal *Ceda el paso* puede ir acompañada de una placa adicional indicando un trazado especial que debe respetarse. Apenas me atrevo a respirar con Yunus en el pasillo, con Yunus en la nuca, los vehículos integrados en el flujo de circulación tienen prioridad sobre aquellos procedentes de calzadas secundarias, vías residenciales o salidas de inmuebles. Los ciclistas que abandonen el carril bici deberán dar prioridad al flujo de circulación. Los vehículos que se encuentran en una calzada secundaria tienen prioridad sobre los que procedan de vías residenciales o salidas de inmuebles. Oigo los pasos de Yunus. Si un vehículo se desplaza por una calzada prioritaria tiene preferencia de paso frente a otros vehículos, aun cuando estos quieran incorporarse al cruce por la derecha.

Me duermo adornada de un cárdeno oscuro.

Entre la ropa y los niños estudio. Regla de la circulación en sentido contrario. Seda llora, se ha dado un golpe, le pongo la mano en la frente. Prohibición de adelantar. Las lágrimas de Seda corren entre el tráfico pesado y la circulación de flujo.

No conozco a ninguna mujer que aprenda tan rápido, me alaba el profesor de conducir delante de Yunus.

Yunus me rompe el dedo anular.

Conduces.

Me pongo en el asiento del conductor, miro fijamente adelante. Los niños en los asientos de atrás están sumidos en un silencio de muerte. A pocos metros del guardabarros pasa el Danubio. El volante está húmedo.

Yunus me venda los ojos.

Los niños no respiran.

Oigo pasar el río.

Yunus gira la llave de contacto, ¡soltar despacio el embrague!

Suelto despacio el embrague.

¡Dale gas!

Le doy gas. El motor ruge, se cala, el puño de Yunus me cruza la cara.

Yunus gira la llave de contacto, ¡soltar despacio el embrague!

Suelto despacio el embrague.

¡Dale gas!

Le doy gas. El motor ruge, se cala, el puño de Yunus me cruza la cara.

Yunus gira la llave de contacto, ¡soltar despacio el embrague!

Suelto despacio el embrague.

¡Dale gas!

Le doy gas. El motor ruge, vuelve a calarse, el puño de Yunus me cruza la cara.

Por fin el coche se pone en marcha.

¡Gas! ¡Gas! ¡Gas!

Le doy gas, acelero, derecho al Danubio.

¡Gas! ¡Gas! ¡Gas!

Pego un volantazo, el puño de Yunus me cruza la cara.

¡No muevas el volante sin que te lo ordene!

El motor se cala, Yunus se ríe de mí, tengo la boca llena de sangre.

Me recoge el profesor de conducir. Yunus así lo ha acordado. Está en la ventana. Me pongo mis velos. Yunus le abre la puerta al profesor de conducir. Me voy con el hombre extraño. Yunus mira fijamente por la ventana. Bajo su mirada subo al coche extraño.

Mi vida está en manos del profesor de conducir.

Su sonrisa de despedida, y soy mujer muerta.

Quizá también su vida esté en mis manos, mi sonrisa de despedida, y él es hombre muerto.

No sé qué aspecto tiene el profesor de conducir. No sé si es alto o bajo. Trato de apartar el oído de su voz. No digo ni pío. Las marchas. Treinta kilómetros. Las luces largas. Bajarlas. Subirlas. Conduzco como sonámbula.

* * *

Al cabo de seis semanas tengo que examinarme.

Yunus se queda petrificado cuando subo al coche con cuatro hombres. El profesor de conducir, dos miembros del tribunal examinador y el intérprete. Y Yunus en la nuca.

Ni una mirada, ni una palabra, ni un gesto para ninguno de los hombres.

Giro la llave de contacto con mano temblorosa, oigo pasar el río, oigo la voz de Yunus: ¡soltar despacio el embrague!

Suelto despacio el embrague.

¡Dale gas!

Le doy gas. El motor ruge, se cala. Tranquila, dice el profesor de conducir. Giro la llave de contacto, tiemblo. Tranquila, señora *Şahin*, tranquila. Arrancamos renqueantes.

Tengo que aparcar hacia atrás.

El coche está en ángulo recto. Los hombres bajan.

Mi cabeza se hunde sobre el volante.

El intérprete abre la puerta del coche.

¡Ha aprobado, señora *Şahin*!

Yunus, delante de la autoescuela, va de un lado a otro. Cuando bajo del coche, su mandíbula está tensa y su mano lista.

He aprobado.

Yunus me mira incrédulo.

Estoy orgulloso de ti.

Puedo enviar a mi mujer a la autoescuela para que se saque el carné de conducir. Puedo confiar en mi mujer. Ahora los cerdos cabrones se callarán, dice Yunus.

Llega el Mercedes de Yunus. El golpe de la puerta del vehículo determina el grado de mi miedo, es el sonido de su furia. Se acerca a la entrada, le abro la puerta, al pasar me da con la punta metálica de su bota contra la espinilla. Veo las estrellas, chillonas, de muchos colores. Dolor agudo, afilado.

Los niños se agachan, se encogen de hombros, forman un rebaño contra el lobo, se apretujan, el cordero más joven en el medio. Contra el padre, amo y señor de todo.

Me siento a sus pies, le desato las botas, se las saco, le pongo las zapatillas de casa, vamos al baño, le quito la camisa, el pantalón, los calcetines y el calzoncillo, lo ducho, lo enjabono, lo froto, lo seco, le ayudo a ponerse la ropa

limpia. Come su carne, su arroz, su pastel, bebe su café, y cuando le apetece me lleva a la cama.

Se queda tirado satisfecho.

Salgo con un cubo de agua para lavar su Mercedes. Paso el trapo por el reluciente salpicadero de caoba, por el volante, por los mullidos asientos de piel, saco los largos pelos rubios de entre los pliegues del asiento, los extraigo de debajo de las alfombrillas y recojo los condones llenos en una bolsa de plástico. Después vuelvo con los niños.

Sentada frente a la pila de leña en la cocina, busco los trozos redondos y los pongo arriba del todo. Los redondos dejan cardenales, los afilados además rajan el pellejo.

Estoy tirada en el suelo de la cocina, expulsada a palos de mi cuerpo. Yunus, bañado en sudor, el leño en la mano, preso del ritmo de los golpes, ya no me ve. Sé que en el cuarto vecino los niños escuchan, atentos a los golpes del padre, a los gritos de la madre.

Yunus está agotado, su brazo se ha cansado. Se arrodilla, me levanta, me acuesta en el banco, desabotona mi blusa, despeja mi pecho cárdeno, me sube la falda y me folla.

Estoy en el aeropuerto, voy a verte.

Ha venido madre. Mi madre. Me sorprende en el cielo sereno.

Madre puede quedarse tres meses conmigo. Así consta en el visado.

Mi madre tiene la guerra en los ojos.

Veterana de guerra.

Quiero llorar en sus brazos, pero no me atrevo a endosarle la carga de mis penas.

Hasta bien entrada la noche madre cuenta sobre la guerra.

Oigo risas en el jardín. Una chica turca ha pisoteado la hierba entre los árboles frutales. Yunus pasa por la hierba pisoteada y le mete mano a la chica. Oigo risitas entre las ramas.

 Mi madre y yo estamos en la ventana.
 Deja, digo.

 Cada anochecer la chica turca pisotea mi hierba.
 Mientras sus júbilos y gemidos penetran desde el jardín, me quedo, por las noches, impenetrada.

 Madre está sentada en las escaleras delante de la casa, yo riego mis hortalizas.

 ¿A quién quieres más: a tu madre o a mí?

 Os quiero a los dos, Yunus.

 La mano de Yunus pasa por la mata de los calabacines, palpa los frutos, los sopesa, arranca uno de la mata, la luz vespertina es dorada, me lo aplasta en la cara.

 Mi único pensamiento: ¡madre! Trato de ocultar a la hija apaleada detrás de los arbustos, pero madre viene corriendo hacia mí.

 ¡No, mamá, no!

 Yunus me arrastra por los pelos a la casa y me arroja contra el borde de la cama.

Hay silencio. Oscuridad. Las estrellas tienen todos los colores, giran alrededor de mí, sistema solar. Veo a Yunus golpear el cuerpo en el que ya no estoy, movimientos lentos, danzarines.

Madre se tira delante de Yunus.

¡Para, te lo suplico, no la mates!

Yunus se separa de mí y azota a mi madre acorralándola contra la pared.

Por segunda vez nazco del dolor de mi madre.

Madre y yo dormimos el sueño muerto de las mujeres cárdenas.

Gracias de corazón, dice madre, por todo. Hoy vuela de regreso a Turquía.

Tienes que darle más amor a tu marido; si no, lo vas a perder. ¿Qué va a ser entonces de los niños?

Soy huérfana de voz, y de color, y de tiempo, los niños me importan tan poco como las rosas y las ciruelas maduras del jardín y el zumbido de la radio. Estoy sentada en el jardín, ha comenzado a llover, pero no lo siento.

¡Sobre una pierna!

Halil y Selin, uno al lado del otro, están sobre una pierna.

¡De rodillas!

Seda se arrodilla, Yunus le encaja un mechero en la mano.

¡Si el otro pie toca el suelo, los quemas a los dos!

Seda llora, Yunus ríe. Los niños permanecen derechos largo rato, luego Selin pierde el equilibrio, se tambalea, el pie levantado toca el suelo.

Yunus brama: ¡Quémalos!

Seda llora, Yunus le da un par de collejas.

¡Quémalos!

Sale una llamarada, Seda acerca el mechero a la planta del pie convulso de Selin y quema a su hermana. Selin brama de dolor. A Seda el mechero se le cae de la mano. Seda rueda hacia mí, pateada por el padre, un trozo de basura, se queda tirada a mis pies, inmóvil y con los ojos cerrados. Le levanto los párpados, tiene el ojo en blanco. ¡Seda! ¡Seda!

Seda vuelve en sí, me mira, perpleja, como si viniera de otra galaxia, como si me hubiera equivocado al hacerla volver con nosotros.

Me habla la muerte.

Me pone el cuchillo a la vista y una soga en la mano, me abre el botiquín y me lee los prospectos de los medicamentos.

Mis tendones resaltan con claridad, no así mis arterias radiales. No tengo bañera, pero hay vigas suficientes.

Pregunto a Yunus por la chica turca.

Quiere casarse conmigo, dice Yunus, pero tú te quedas.

No, digo por primera vez.

No.

Estoy apretada contra la pared, el brazo de Yunus está suspendido sobre mí, con un martillo en la mano.

Una palabra más y te parto por la mitad.

Yunus tiene picor en las piernas. Las lavo, les aplico crema. Al día siguiente están rojas e hinchadas. Pus, viscoso y amarillento; de un absceso sale un gusano. Tiro de su cabeza con unas pinzas, el gusano es largo. Otro se perfila bajo la piel roja y fina del forúnculo.

Yunus me penetra, gusanos en la pierna.

Primero es mi piel la que empieza a picar, después la de los niños.

Envuelvo un gusano en papel de aluminio y voy al médico del pueblo. Enseño el gusano a la enfermera. Admito que es de Yunus.

Por favor, dígame al médico que es mío.

Me da un medicamento. Cuando estiro la mano, sale a relucir mi pulsera cárdena debajo de la manga; la auxiliar la ve, doy un respingo hacia atrás, el medicamento cae al suelo. La auxiliar me empuja a la sala de tratamiento y cierra la puerta a nuestro paso. Me coge la mano, me sube la manga, luego el vestido, luzco vistosos cárdenos.

Me he caído.

Ella no dice nada. Estoy agradecida de que no me crea.

Está la Casa de la Mujer, dice la auxiliar.

Palabras como protección y descanso, ayuda, atención, seguridad, flotan alrededor de mí como tornasoladas pompas de jabón. ¿Es que ella no sabe que Yunus asalta cualquier casa? ¿Qué mata a los niños? ¿Qué me mata a mí? ¿A las mujeres de la Casa de la Mujer? ¿Con el cuchillo de cocina?

Y si no asalta la casa, se pone al acecho, y en cuanto yo salga me cortará la yugular, me colgará por los pies y me despellejará, me vaciará de tripas, corazón, bazo, alma, cerebro, comerá mi hígado y prenderá mi cabello en su sombrero. ¿Es que ella no lo sabe? ¿Es que no conoce el mundo? ¿Acaso ignora que el mundo es de Yunus?

* * *

Tengo la obligación de denunciar a su marido, dice el médico.

Sólo me queda una opción: huir con los niños a Turquía. A casa de mi familia.

La mujer del médico nos ha comprado cuatro billetes de avión para Estambul.

Mañana, cuando Yunus salga de casa, la abuela nos llevará al aeropuerto.

Corazón palpitante. Preparo la maleta en secreto. Cuando los niños llegan a casa, sonrío. No les voy a decir nada, es demasiado peligroso. Miro el reloj.

Selin y Halil juegan en el jardín. Estoy sola en la habitación de los niños, con una maleta hecha y con mi decisión, con el peligro y el riesgo. Los niños ríen. Por primera vez en mucho tiempo.

Yunus llega a casa. Evito su mirada y pienso en la maleta bajo la cama de los niños. Los pasaportes.

Los billetes. Mi tesoro. La huida palpita en mis venas. La libertad. En cada cuarto al que entro está Yunus. Sentado, tumbado, de pie. Me llama a su lado, ¿más que de costumbre? Miro el reloj. Tenemos que enfilarnos entre sus manecillas, tengo que empujar a los niños por una ventana en el tiempo.

El reloj hace tictac mientras Yunus me está penetrando.

Mi latido cardiaco retumba toda la noche. Los niños respiran acompasadamente, Yunus duerme, solo velamos mi decisión y yo, el peligro y el riesgo.

Entonces el pitido del despertador traspasa mi insomnio. Ahora que la decisión está tomada mi insomnio asume el mando y me acucia. Me levanto; una vez más hago el desayuno para Yunus, cuezo pan de pita como a él le gusta, le preparo su yogur con miel, pongo mermelada, queso y embutido

sobre la mesa, como él desea, unto su pan con mantequilla. La panera y el termo están listos. No me atrevo a meter prisa a Yunus. Sentada a la mesa, espero. Miro el reloj. Los segundos transcurren sonoramente.

Yunus llega y se sienta medio dormido a la mesa. Se hace servir el café, remover la leche, el azúcar.

Fuera, a la luz del alba, veo la silueta borrosa del coche gris oscuro. El vehículo para la huida. Se encuentra donde acaba el camino rural. Miro el reloj.

El tiempo pasa.

Por fin Yunus pone la servilleta sobre la mesa, me levanto de un salto, quiero acompañarlo al baño.

Deja, dice, hoy no voy a trabajar.

O te matas tú misma o te cuelgo yo ante los ojos de los niños. Yunus abandona la sala dando un portazo.

Sobre la mesa quedan los billetes de avión, rajados; el contenido de la maleta está diseminado por el suelo; los pasaportes se hallan en la pila del lavabo, quemados; de mi nariz gotea sangre.

Cojo a Seda y a Selin en brazos, las llevo a su cuarto, las acuesto en su cama. Están quietas, no ofrecen resistencia. Las tapo, entrelazo sus manos infantiles. Les beso la frente. Hago señas a Halil con la mano, ven. Halil se acuesta al lado de sus hermanas, quieto y sin resistirse también él. Le beso la frente.

Los ojos de los niños son agujeros negros.

Me voy. Un paso.

Seda llora por lo bajo.

¡Mamá! Quédate.

Un paso.

Duerme.

Al Danubio, a tocar fondo, hasta quedar esponjosa, hasta flotar hinchada en la superficie, la mirada fija en las olas, más allá de la muerte, y después, empapada, volver a hundirme al fondo. Seda. Selin. Halil. ¿Qué será de vosotros? Mamá está en el fondo del Danubio.

¿Saltar de cabeza?

¡Meter piedras en los bolsillos!

Mi falda no tiene bolsillos. Hacerle un nudo y llenarla de piedras. No muchas ni menudas. Una sola y grande. Buscar. Esta. Sí. Esta me arrastrará al fondo del río. Es pesada. Sentarse. Separar las piernas. Rodar la piedra hasta

mi regazo. Anudar la falda sobre la piedra. Un nudo firme que no se suelte.

Por fin, la paz. El silencio.
Un resonar claro.

¡Señora *Şahin!*
Mi cama es cálida y blanda.
¡Señora *Şahin!* ¿Me oye?
Abro los ojos.

Me habla un médico, como si tuviera derecho. Como si no fuera un hombre. Como si yo no fuera una mujer. Me sonrío. Estoy tumbada ante él sin pañuelo en la cabeza. Sin palos a cambio. Mis labios se mueven despacio. Como mi lengua. Y mis pensamientos. Hay miedo ovillado en mi cabeza, un miedo demasiado fatigado para agitarse, chucho cansado.

Debe usted dormir.

Yacer. Dormir. Descansar. La blancura de las paredes. Un día. Una noche.

Suspendida sobre la cama, la primavera. Flores de ciruelo japonés. Ramas opulentas enmarcadas en madera. Aroma acristalado. Eclósión congelada.

Miro fijamente las flores y me cuelo detrás del cristal. De pronto, desde el pasillo, pasos de niños. Halil, Seda, Selin. Andan, corren, paran. Vienen del campo de batalla.

Contengo el aliento.

¡No deben encontrarme!

Los leños yacen amontonados y atravesados, aquellos partidos, astillados, estos listos. Las púas de la horca del heno se alinean en posición de firmes.

Las recias botas de Yunus pisotean la hierba, y del cielo, en lo alto, cuelga la sogá.

¡Queremos ver a mamá!

Mi sogá se balancea al viento. Ninguno de los niños quiere colgarse por mí.

Se abre la puerta, una rendija estrecha en la blancura.

Señora *Şahin*, están aquí sus hijos.

Niego con la cabeza.

Y cierro los ojos.

Los peces pescadores del fondo marino se iluminan a sí mismos. Yo ya no puedo iluminarme. No puedo ser luz.

Tampoco en sueños. Los sueños se han cansado de mí. Me han olvidado, ya no vienen.

Sueño sin sueños.

Silencio.

En la cabeza crecen plumones, blancos, blandos, mullidos.

¡Señora *Şahin!*

Hundo la cabeza en la almohada.

Plumones en la cabeza. Plumones en la cabeza.

¡Señora *Şahin!*

Detrás de las montañas hay alguien que llama. ¡Señora *Şahin!* Están aquí los niños.

Vuelvo la cabeza hacia la pared, los párpados cerrados firmemente, cual compuertas de hierro.

¡Niños no! ¡Niños cárdenos no! Llamadas del campo de batalla no!
¡Cárdeno no!

Plumones en la cabeza. Plumones en la cabeza. Blancos, blandos y mullidos. Blancos, blancos. Quiero respirar blanco. Quiero comer blanco, beber blanco.

Plumones en la cabeza. Plumones en la cabeza. Son mis alas. Quiero resguardarme bajo ellas. ¡Niños no!

Cuando la enfermera de las gafas rojas irrumpe en mi blancura, con un crucifijo dorado en el cuello, cuando abre las ventanas, ¡qué día más espléndido!, y me quita la manta de las piernas dejándome tirada en la cama desnuda, desplumada, tengo miedo de caerme del nido. Pues ella, enfermera ruidosa, trae el tiempo. Los días pasan porque ella viene. Y el tiempo me soplará niños cárdenos a la cama: Halil, Seda, Selin.

¡Mamá!

Plumones en la cabeza.

¡Mamá!

Mantengo las compuertas cerradas.

Dedos de niña las abren con fuerza.

¡Mamá!

Los ojos de Selin reflejan el campo de batalla.

¡Ven a casa, mamá! ¡Ven! Papá está llorando. ¡Papá te necesita!

La mano de Seda descansa sobre la mía. Bajo su manga refulge una pulsera de cielo cárdeno.

¡Mamá!

Plumones en la cabeza y en la garganta.

¡Mamá!

A ambos lados de la cama, los niños adornados de cárdeno. Palabras caen de sus labios cárdenos sobre mi cama blanca. Los niños me traen los zapatos, dedos pequeños me cogen los pies, los meten en los zapatos, atan los cordones, los dedos de Seda logran un lazo. ¡Papá te necesita! Selin me peina el pelo, lo liga, me coloca un pañuelo en la frente, esconde el pelo, anuda el pañuelo bajo el mentón. ¡Ven a casa! Halil me levanta a pulso, me enfunda el abrigo, las chicas lo abotonan, lo alisan; entre los tres abren una brecha en mi blancura y me llevan a rastras a la puerta.

Cuando el gato está fuera, los ratones bailan. Las niñas robaron el cárdeno adorno de la madre. Seda lleva mi pulsera, tiene un brillo oscuro,

demasiado oscuro para ella. Selin se ha enganchado mi diadema en el pelo.

Vacilante, apoyada por niños cárdenos, camino hacia el campo de batalla. Ante la puerta corrediza de cristal lechoso aparecen de repente las gafas rojas con el crucifijo dorado. Colocan sus manos en mis hombros. Señora *Şahin*, ¡usted no puede irse todavía! El cristal lechoso se abre sin ruido, y veo, alto y derecho, a...

Yunus.

Señora *Şahin*, ¡usted no puede irse todavía!

Yunus es mi imán.

Un ramo de flores en ristre.

Capullos de rosas, girasoles oscuros, jacinto y manzanilla.

Yunus me tiende su prado florido, caigo en sus brazos, fuertes y cálidos, siento sus músculos, venas y tendones, me abraza, aprieta mi frente contra su mejilla, mis labios secos contra sus lágrimas saladas.

¡Perdóname! ¡Perdóname!

Tiene los ojos verdes. ¿Del río?

¡Eres mi estrella!

Su voz no titubea.

Me perteneces.

En el resonar del Mercedes negro, en el aroma de las flores, mi mano descansa firmemente en la suya.

Eres mi lugar. Estoy pensado para ti.

Portadores del cárdeno adorno de la madre, los niños están quietos en los asientos de atrás.

Frente a nuestra casa Yunus abre la puerta del coche, me saca del vehículo en brazos y me lleva a través del jardín. Veo las pisadas de la chica turca en la

hierba.

En la entrada de la casa hay un par de recias botas.

Yunus cruza el umbral conmigo en brazos. Novia, yo.

Esta vez puedo entrar en la casa sin cristales rotos. Ni aplausos, ni gritos.

Mi vestido no es demasiado largo, pero sigo sin manos.

Aleteo entre las ramas del árbol sagrado y sigo acarreado mi deseo.

Yunus me acuesta suavemente en la cama.

En sus brazos me sobreviene el sueño.

Y azgo en la negrura de la noche y oigo el ritmo de los golpes extintos.

Golpe. A golpe. Golpe. A golpe.
En esta cama. Contra esta pared. En este suelo. Golpe. A golpe. Golpe. A golpe.

Reverberan los viejos golpes.

 Mi pulso es su eco.

De rodillas a mi lado, Yunus.
Ya no ríes. Ya nunca más. Qué bien. Nadie salvo yo verá tus labios, tu boca abierta.

 Qué bien.
Sus dedos me acarician la cara con delicadeza. Eres mía. Por completo.
Por fin. Mía.
La lengua de Yunus acaricia mis labios.

Pulso trepidante.

 Golpe. A golpe. Golpe. A golpe.

Cuando despierto a la mañana siguiente, Yunus está sentado junto a mi cama.

Sus ojos sobre los míos, su mano sobre mi frente.

Su voz resuena en mi sangre, tienes que beber.

Me ha traído infusión de menta.

¿Es esto de nuevo el mundo? ¿Esta vez de color verde?

Con miel. La cuchara golpetea en el vaso.

Bebe.

El mundo sabe amargo y se escurre por las comisuras de la boca.

Otro sorbo, Filiz.

Escurrimientos en las comisuras de la boca.

Bebe. Tienes que beber.

Mis labios se cierran.

Se cierran también mis párpados y vuelvo a sumergirme en el sueño.

¡Tienes que beber!

Resonar de voces.

El eco de los golpes extintos en la sangre.

Golpe. A golpe. Golpe. A golpe.

¡Mamá!

Los niños llaman a la puerta, yo no contesto, y sin embargo entran, se sientan en el borde de la cama, me cogen las manos, me besan la frente y juegan con mis pies. Me deslizan plumas de paloma entre los dedos de los pies, me hacen cosquillas en las plantas, me pintan los labios de rojo con rotuladores. ¡Mamá!

Me abren los párpados con dedos puntiagudos y me tienden los dibujos que han pintado. Me veo bajo un sol grande, con una sonrisa de oreja a oreja. Mi jardín está lleno de flores florecientes. Calabacines gigantescos.

He visto flores de cerezo japonés y me he colado detrás del cristal.

Golpe. A golpe. Golpe. A golpe.

A veces oigo llorar a Seda. A veces, a Selin. A veces, a Halil.

No me levanto. No bajo las escaleras.

No remuevo las ollas en el fuego. La estufa permanece fría.

No cuezo pan para los niños.

No como.

No bebo.

No sé lo que comen y beben los niños.

Golpe. A golpe. Golpe. A golpe.

Te lo ruego, Filiz, ¡levántate! ¡Te necesito! ¡Los niños!

Yunus abre la ventana, sacude la manta. Me coge por las axilas y me cambia de postura, como si quisiera reordenar mis huesos. Retira el vaso lleno de la mesita, como si me hubiera tomado la infusión, y trae otro, como si

pudiera tomármela.

No es capaz de lo que son capaces las gafas rojas, el crucifijo dorado.

Yunus, no traes días a esta noche. El tiempo no pasa porque tú vengas.

Yo ya no seré.

Abren la puerta. Oigo pasos de niño.

Oigo el aliento de Seda.

Seda, esta no es noche que tú puedas atravesar.

La cabeza de Seda descansa dura sobre mi pecho, su pelo sucio sobre mis labios.

Me coge el brazo, enlaza con él su cuello, mete las piernas entre las mías.

¡Mamá!

Deja, no me llegas.

¡Mamá!

Se queda así largo rato, luego se zafa de debajo de mí y se levanta de un brinco. ¡Mamá está muerta! ¡Mamá está muerta!

Yunus se precipita a mi cama, me coge la cabeza con ambas manos.

¡Despierta, despiértate!

Sus dedos arden en mis mejillas.

¡Filiz! ¡Filiz!

Yunus coloca un trozo de tela cárdena atravesado sobre mi cuerpo.

Brillan botones plateados.

¿Vaqueros? ¿Son vaqueros?

La tela descansa fofa e inmóvil sobre el dorso de mi mano.

Fría y áspera. Como yo.

He caído del árbol sagrado que nunca ha existido.

He rogado a un ángel que nunca ha venido. He rezado a un dios que

nunca ha sido.

Yunus viene volando sobre la loma, ¡el lobo! Se abalanza sobre mi cuerpo inmóvil, me desgarrá el camión, me lo arranca de los hombros, de los pechos, me lo sube de un tirón por encima de las caderas, yo no tiemblo, me separa las piernas, me embiste con su pica erecta.

Me punza como un desquiciado.

¡Di que me quieres!

¡Di que me quieres!

Sus dientes se hincan en mi cuello, sus dedos se clavan en mi boca seca, me agarran los labios, los dientes, la lengua, buscan, su pica busca, punza, busca vida que yo no tengo.

¡Estás como muerta!

Busca, busca, busca. Busca vida.

¡No estés como muerta!

Quieres mi vida, Yunus, pero eres mi verdugo.

Yunus se arrodilla sobre mí, me coge la cabeza y me clava la pica muy adentro de la garganta, ansioso de vida que yo no tengo, cada vez más adentro, cada vez más deprisa, me asfixio con él...

Entonces una ola se rompe dentro de mí, se expele desde mi estómago, desde mi esófago, espumarajo verde que, por fin, rompe la pica punzante.

Yunus coge los vaqueros, se limpia a restregones y gritando el verde del cuerpo, coge la silla y me da una paliza. Golpe. A golpe. Golpe a golpe.

Destroza la mesita, el bastidor de la cama, los dibujos de los niños se caen de la pared.

Me rompe los brazos, las costillas. Me rompe el hueso nasal, me rompe las mandíbulas.

Golpes lloviendo del techo.

Golpes cayendo de las paredes.

Golpes saliendo de los resquicios del suelo.

Golpe. A golpe. Golpe. A golpe.

Me matas a golpes, pero no me llegas.

El verde de tus ojos nunca vino del río.

El 1 de agosto de 1998, los vecinos de la familia Şahin avisaron al médico de urgencias y a la policía. El médico llevó a Filiz al hospital; Halil, Selin y Seda pasaron a la custodia de la Oficina del Menor.

Tres meses después, Filiz fue dada de alta en el hospital y se instaló, junto con sus hijos, en una casa de acogida.

Se divorció de Yunus Şahin y volvió a adoptar su apellido de soltera.

A Yunus se le prohibió judicialmente el contacto con sus hijos.

Filiz Lale inició estudios de cocina.

Después de dieciocho meses en la casa de acogida, Filiz y sus hijos se fueron a una vivienda propia.

Tras diplomarse, Filiz trabajó catorce años como cocinera en un restaurante. En paralelo a su actividad laboral, realizó un curso de trabajo psicosocial y social psiquiátrico en la Universidad de Klagenfurt. Hoy trabaja como especialista en psiquiatría social en el seno de una institución competente de Alta Austria.

Halil se formó como protésico dental, luego estudió Biología y Germánicas en la Escuela Superior de Pedagogía de Viena, ciudad en la que trabaja como profesor de secundaria.

Selin, una vez terminado su bachillerato, hizo un año de voluntariado en un orfanato de Costa Rica. Estudió Hispánicas e Historia en las universidades de Viena y Cádiz, y es lectora en una universidad española.

Seda es jefa de negociado de un juzgado de primera instancia vienés. En agosto de 2015 se casó, en Estambul, con su primo turco, quien ahora vive con ella en Austria.

Yunus Şahin regresó a Turquía, después de haber tenido problemas con las autoridades austríacas.

Volvió a casarse y tuvo tres hijos: Halil, Selin y Seda.

Anexo

En el principio fue el hombre. Y todo lo que le rodeaba era de su dominio. Con la misma furia con que domesticaba la naturaleza, sus animales y sus plantas, sometía a las mujeres y los hijos. El hombre era la carne y el honor su religión. Así en el cielo de Dios como en el de Alá. En ese infierno vivió Filiz, primero la niña y después la mujer, protagonista de un reciente libro de la editorial Periférica, Cárdeno adorno, un texto donde la belleza y la vesania se funden hasta dejar al ser humano en el esqueleto de su existencia natural. «Somos rebaño y pastores al mismo tiempo», es la descripción que hace la protagonista de sus 11 hermanos, criados en un pueblo turco. «Nos cuidamos unos a otros. Nos alimentamos unos a otros y unos a otros nos pegamos en los costados. Madre nos cuida de padre, padre nos cuida de los lobos...».

Años atrás, la autora, Katharina Wlinker (Viena, 1979), estaba escuchando el relato bíblico de esa joven mujer que cien veces ha tenido la carne amoratada y los huesos rotos a base de palizas. Las dos estaban en una caseta rural de Austria, prácticamente encerradas allí durante una semana, lejos ya del horror que Filiz importó de Turquía. La grabadora gira. Filiz no sabe con certeza qué edad tiene. 12 hermanos, uno tras otro, no dejaban sitio a miramientos. Ella fue la séptima, la que cuidaba de los corderos. Se bañaban en el río, dormían al raso en tiempos de siega, cuando caía la nieve pasaban frío y si el alimento escaseaba, comían menos. Siempre había una hija despojando al padre de su gabán al llegar a casa y otra que se arrodillaba a sus pies, «lava que te lava, borrándole la jornada de la planta» y calzándole con delicadeza las chancletas. Cuando el hombre aparecía por la cocina, el silencio se espesaba hasta ver de qué humor se presentaba la cena. Y estaba el honor, la vida entera era una cuestión de honor. El de un hombre no debía mancillarlo una mujer ni una hija. Antes la muerte. Esa fue la infancia de Filiz en aquel pueblito turco. Venciendo la severidad brutal del padre acabó huyendo de su casa para caer en brazos de un marido torturador.

Denuncia del padre médico

La grabadora sigue girando. Todo lo que registra lo cuenta ahora el libro, donde el verbo se hace poesía. Una infancia rural y primitiva, sazónada de ignorancia y supersticiones para preservar la pureza femenina y entregarla al varón, para siempre y sin rechistar.

El padre de Katharina Winkler era un médico rural en Austria que se vio obligado a denunciar al marido de Filiz por maltrato, pero no fue el médico, sino su mujer, la que descubrió que bajo el niqab de la protagonista negreaban los cardenales. Quizá sirva para eso el niqab.

Katharina tenía 13 años cuando aquella mujer turca llena de golpes se coló en la vida de la familia y en su primer libro, ahora traducido al español tras las versiones en otros idiomas, y que ha convertido en poesía la crueldad que impregnó la vida de Filiz junto a su marido, Yunus. «La poesía era necesaria para que el lector tenga un apoyo en su viaje por el infierno. En la vida no hay abismos absolutos, están la muerte y la belleza a un lado y al otro y no hay lo uno sin lo otro. La poesía es el contrapunto estético a la violencia. La belleza no niega ni se somete a la crueldad», explica la autora en un hotel de Madrid, en su primer viaje a España para presentar el libro. Con esa prosa poética que no cesa, Winkler habla de un mundo pasado que es común a muchas patrias. Bien podría ser la España rural de finales de principios del siglo XX en un pueblo oscuro, por ejemplo, la Inglaterra de los deshollinadores, el alcoholismo violento de un cosaco. O nuestros días. Es una violencia atemporal. «Cuando uno se sumerge en una historia y en una materia acabas llegando a lo humano, a lo que nos atañe y nos da la posibilidad de crear empatía. Gran parte de nuestros problemas actuales nacen de un déficit de empatía», sostiene Winkler.

Desubicación temporal

La empatía no distingue épocas ni culturas y hay en este libro una premeditada desubicación temporal que apenas se rompe con algunas referencias al conflicto entre el régimen turco y el partido de los kurdos (PKK). Algo parecido pasa cuando la protagonista sueña con emigrar al paraíso europeo y enfundarse unos vaqueros. En Alemania, donde ahora vive Winkler, hay alrededor de un millón y medio de turcos y casi tres millones de alemanes tienen su origen en ese país. En los años sesenta, Berlín firmó acuerdos con España y con Turquía para atraer mano de obra. Aquel acuerdo de «trabajadores invitados» que habrían de volver a sus países con una mochila cargada de desarrollo concluyó en 1973. Muchos no regresaron.

Winkler no ha querido en ningún momento juzgar los movimientos migratorios, ni las costumbres de unos y otros ni los choques culturales que se hayan podido producir, por ejemplo el terror que experimenta la protagonista cuando aquel médico austriaco le comunica que va a denunciar a su marido por maltrato, aunque la ofrezcan refugio en una casa para maltratadas: «¿Es que no saben que Yunus asalta cualquier casa? ¿Qué mata a los

niños? ¿Qué me mata a mí? ¿Con el cuchillo de la mesa de la cocina? ¿Es que no conoce el mundo? ¿Acaso ignora que el mundo es de Yunus?», dice una protagonista aterrada ante la sincera ayuda del mundo occidental.

No es solo un descarnado alegato contra la violencia de género lo que muestra este libro, sino la creencia antigua de que la vida con sangre entra. Repasa la violencia general de un mundo de orden bíblico donde el cielo envía o roba cosechas, manda palizas como expulsa hijos de un vientre que no descansa, donde las múltiples formas de crueldad se suceden de día y de noche, como sale el sol o cubre la nieve las estaciones turcas. O de cualquier otro sitio del mundo.

Katharina Winkler escuchó las cintas en las que Filiz había grabado el relato de su vida. Las escuchó hasta meterse en la piel de su protagonista y una vez estuvo cómoda allí empezó a escribir desde dentro. Había algunos detalles del libro que sorprendieron a Filiz porque ni ella misma se los había contado.

Una vida nueva, un idioma nuevo, un terror antiguo

Filiz tuvo tres hijos con Yunus, Halil, Selin y Seda. La historia de esta familia en Austria no es distinta de la que los periódicos de todo el mundo relatan en estos tiempos de migraciones y penurias. Muy recomendable su lectura para aquellos que hacen del odio al diferente su bandera, su razón de ser o una ideología para esgrimir en una convocatoria electoral. Hay una primera fase en la que los extranjeros sueñan con Europa como un niño en la noche de Reyes Magos. Después viene el choque de culturas, los desprecios, las ayudas que no siempre solucionan la vida, sino que la complican. La familia que está lejos, el idioma que no se entiende. Y de pronto, un año cualquiera, la primavera amanece en la vida de los hijos, que ya no muestran esas dificultades con las que se estrelló la primera generación de emigrantes.

Halil se formó como protésico dental y estudió Biología y Germánicas. Selin cursó Hispánicas e Historia y fue lectora en una universidad española durante un tiempo. Seda es jefa de negociado en un juzgado vienés.

Esos niños también sufrieron maltrato del padre, pero andando el tiempo dejaron de ver «los lobos que vienen volando sobre la loma, uno tras otro... colmillos al aire». Esos niños pueden ser hoy, merced a este libro, un alegato contra la xenofobia que está agrietando Europa.



KATHARINA WINKLER nació en Viena en 1979 y actualmente vive en Berlín. Estudió Filosofía y Teatro. *Cárdeno adorno*, Prix du Premier Roman Étranger 2017 por su traducción al francés, es su primera novela, que también ha sido vertida al inglés, rumano, esloveno e hindi, entre otras lenguas.